



1^{er} premio - Categoría Lucha

Valeria Soledad Louchéis "Así estamos"

2^{do} Concurso Anual Internacional de artes plásticas «Crepúsculo»



1^{ra} Mención - Categoría Lucha
Francisco Rafael Guerra Trujillo "El sueño de la lucha crea bestias"
2^{do} Concurso Anual Internacional de artes plásticas «Crepúsculo»

Staff

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Luis Straccia

Columnistas

Vicente Battista

Sabrina Perotti

Mercedes Lagarrigue

Colaboran en este número

Denise Barac

Mariano Vazquez

Javier Vogel

Gabriel Vidart

Marcelo Turdó

Diseño y diagramación

Leonardo Liñares

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos

Moreno 1836 6to. B

Te.: 011-43722154

Te.: 0237-4053986 Int. 111

www.revistacrepusculo.org

info@revistacrepusculo.org

Impreso por DTPrint S.A.

0237-4664818

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 592073

La publicación de opiniones personales
verdades por colaboradores y entrevistados
no implica que éstas sean necesariamente
compartidas por **Revista Crepusculo**

Editorial

Un reflejo quiere hacerme volver abruptamente a la vigilia. Me resisto, trato de ignorar la luz que se cuela entre dos varillas de la persiana de mi dormitorio; giro, doy la espalda a la realidad de este lunes aciago. Intento esquivar (o, al menos, postergar) mi sufrimiento. Sé que tal vez lo único reconfortante del día será el café del desayuno. Quiero pensar en positivo, buscar en mi subconsciente las cosas buenas que me pasarán en esta jornada; hago algunos ejercicios de respiración. Aunque lo único que logro son intentos frustrantes. El recuerdo de mi agenda de trabajo me arrastra al contexto ominoso de este comienzo de semana. Sólo queda una cosa por hacer: juntar fuerzas, concentrarse para la lucha de todos los días.

Lucha, contienda, confrontación son algunos de los sinónimos para definir esta actividad, quizá la más antigua del hombre. Es que la humanidad, desde sus inicios, para procurarse el alimento, el abrigo o la seguridad ha tenido que luchar, ha tenido que lidiar con diferentes adversarios. Adversarios que, muchas veces, le resultaban desconocidos.

La primera imagen que recibimos cuando pensamos en la lucha es la de dos hombres semidesnudos, traccionando de sus piernas, golpeándose con sus codos y antebrazos, comprimiendo el cuello del rival para dejarlo sin respiración e intentando tirarlo al suelo sin usar ningún tipo de arma o herramienta. Hasta que, en algún momento de los tiempos, el luchador infiere que con algo en sus manos será más poderoso, tendrá otras ventajas.

La necesidad, la competencia, el juego, el deporte o el sexo, entre otras cosas, obligan al hombre a la contienda cotidiana. Hoy la lucha cuerpo a cuerpo ha quedado sólo para los eventos deportivos, y la fuerza necesaria para cualquier confrontación es cada vez más mental que física. Los dolores musculares fueron reemplazados por el estrés; y las secuelas crónicas, por episodios de ataques de pánico. Hoy la lucha se practica en las calles, con el tránsito; en el trabajo, con el jefe o los compañeros que compiten con nosotros; en lo afectivo, porque desde niños tenemos que lidiar con un hermanito recién nacido, o en la adolescencia cuando algún tipo nos quiere soplar la novia.

Y hoy el hueso, la piedra y la macana de los albores fueron reemplazados por herramientas con mejor aptitud para las nuevas luchas. En los últimos tiempos, la parafernalia tecnológica nos ha transformado los campos de batalla. Por eso adoptamos y nos adaptamos a lo que tenemos a mano: laptop, netbook, Ipod, tablets, Iphon, Ipad, bioingeniería

genética, misiles, cámaras infrarrojas, satélites estratosféricos... Todo es válido para la lucha, todo está justificado en nombre de la lucha. Esa abundancia de nuevas herramientas nos regodea, nos llena de letargo y a la vez nos excita. Sentimos que sin estas armaduras ya no somos nadie, nos vemos casi desnudos como los primeros gladiadores. Y, como aquellos intuitivos ancestros, inferimos que somos superpoderosos con las nuevas armas. Aunque a veces también hoy desconozcamos a nuestros quiénes son los verdaderos adversarios y cuáles nuestros verdaderos motivos de lucha.

Lucha no siempre significa pelea, pero es una idea muy cercana, muy confundida con ella. En nombre de objetivos nobles y motivos convincentes, el hombre está predispuesto a pelear por alguna causa. Causa en ocasiones perdida, olvidada o irrelevante. Siempre hay una batalla que lidiar, siempre hay un motivo para luchar por el bien de la humanidad. No obstante, a menudo no se evalúan las consecuencias que esto conlleva: a veces el daño colateral es inevitable, pero es mayor que ese objetivo noble a conseguir.

Sin embargo, ¿somos capaces todavía de tener la misma percepción, la misma clarividencia casi mágica surgida de los miedos y necesidades de aquel entorno salvaje y primitivo? ¿Somos capaces de evaluar nues-

tro verdadero y equilibrado criterio para comenzar una lucha? ¿Estamos en condiciones de evitar no lastimar a nadie en esa confrontación que creemos imprescindible para nuestra supervivencia?

A nivel individual, en ocasiones gastamos energía valiosa en luchas estériles, causadas en su mayoría por sentimientos negativos como la envidia, la ira, la venganza... Nos desvelamos por cumplir objetivos mezquinos, nos preocupamos por tener o parecer, en lugar de cultivar la esencia.

Si en el imaginario de nuestro futuro se nos cruzara alguna vez la fantasía de la ausencia de lucha, estaríamos en graves problemas. Los motivos para pelear son innumerables, y es coherente que así sea. Aunque resulta primordial saber elegir cuáles son los combates que valen la pena. Nuestro propósito deberá ser adquirir armas eficientes para la contienda diaria, herramientas intangibles como la educación y nuestra formación integral. Sólo el empeño por un continuo aprendizaje y por el desarrollo de nuevas habilidades nos llevará a una honorable victoria.

Ricardo René Cadenas

Sumario

- 07 *Por Vicente Battista*
"La Vida se Manifiesta como una Lucha Constante"

- 12 *Por Denise Barac*
ABC... M(undo)

- 16 *Por Sebastián Grimberg*
EL Espejo

- 18 *Por Luis Straccia*
No, No Pasaran

- 22 *Por Mariano Vazquez*
Refugio de un naufrago

- 26 *Por Mercedes Lagarrigue*
La lucha de un pintor latinoamericano

- 32 *Por Javier Vogel*
Tinta y Papel, en lucha contra estereotipos

- 36 *Por Sabrina Perotti*
De luchas, de sangre, de coreografías, de saber, del bien y del mal

- 40 **Concursos, Premios, Ceremonias y Encuentros**

- 44 *Por Gabriel M. Vidart*
A propósito de la lucha

- 48 *Por Marcelo Turdó*
La verdad está hecha de contradicciones

- 50 **Recomendados de Crepúsculo**



Diciembre 2011

“La Vida se Manifiesta como una Lucha Constante”

Por Vicente Battista

El Diccionario de la Lengua es parco a la hora de dar una definición de la voz “lucha”: apenas le brinda cuatro acepciones, y las cuatro, advertimos, están referidas a la contienda. En primer lugar dice que es una “Pelea en que dos personas se abrazan con el intento de derribar una a otra”; luego ofrece sinónimos de ese enfrentamiento: “Lid, combate, contienda, disputa”; en tercer término, brinda las razones de la disputa: “Oposición, rivalidad u hostilidad entre contrarios que tratan de imponerse el uno al otro”, y, por último, la actitud física ante la contienda: “Esfuerzo que se hace para resistir a una fuerza hostil o a una tentación, para subsistir o para alcanzar algún objetivo”.

En un apartado, el mismo Diccionario, ilustra acerca de tres formas específicas de lucha: la Grecorromana: “Aquella cuyas reglas tienden a evitar el daño físico de los luchadores, cada uno de los cuales pugna por dominar al contrario haciendo que toque el suelo con ambos omóplatos a la vez durante varios segundos”; la Lucha Interior: “La que uno mantiene consigo mismo”; y la Lucha Libre: “Espectáculo de origen estadounidense semejante a la lucha grecorromana, en el que se autorizan o toleran, reales o fingidos,

golpes y presas prohibidos en aquella”.

Curiosamente, entre dos luchas físicas, la Grecorromana y la Libre, encontramos la Lucha Interior, aquella que no disputamos con el otro sino con nosotros mismos. Esta última acepción nos llevaría al campo de la psicología o, si se prefiere, a una disciplina aún más antigua: la filosofía.

Hace aproximadamente 2.500 años, fue Heráclito de Efeso tal vez uno de los primeros filósofos que trabajó en torno al concepto “lucha”. Al proponer su tesis del flujo universal de los seres —“*Panta rei*”: todo fluye— entendía que “*La guerra es el padre de todas las cosas*”. Para Heráclito el fuego era el principio de todas las cosas y el modo más acabado de demostrar la lucha. El fuego, sostenía, refiere al movimiento y al cambio constante en el que se apoya la estructura de los contrarios. La contradicción está en el origen de todas las cosas, y el fuego es su mejor ejemplo, ya que las llamas significan el devenir perpetuo y la lucha de opuestos.

G. S. Kirk, J. E. Raven y M. Schofield en “*Los filósofos presocráticos*” señalan: “*El fuego sería la forma arquetípica de la materia, debido a la regularidad de su combustión, que personifica de un modo claro la regla de*

la medida en el cambio que experimenta el cosmos. Así, es comprensible que se le conciba como constitutivo mismo de las cosas, por su misma estructura activa, lo que garantiza tanto la unidad de los opuestos como su oposición, así como su estrecha relación con el Logos.”

“¡Ojalá se extinguiera la discordia entre los dioses y los hombres!”, proclamó un poeta contemporáneo de Heráclito. El filósofo sostuvo que eso sería imposible: “pues no habría armonía si no hubiese agudo y grave, ni animales si no hubiera hembra y macho, que están en oposición”. Por consiguiente, más allá de la disputa entre dioses y hombres a la que se refería el poeta, la lucha, está probado, es una condición natural y lógica entre los seres vivientes del planeta.

¿Pero de qué hablamos cuando hablamos de lucha? Pienso que para no extraviarnos en sus infinitas modalidades, nos situemos en

dos momentos claves en donde el concepto de lucha significó un cambio trascendente para el pensamiento humano.

Unas líneas antes vimos que Heráclito consideraba que la lucha por el poder necesariamente se disputaba entre dioses y hombres. A fines del 1400, Maquiavelo cambiará ese concepto. Para el pensador italiano, el poder es disputado exclusivamente por los hombres y lo establecen las clases sociales: “Yo digo que quienes condenan los tumultos entre los nobles y la plebe atacan lo que fue la causa principal de la libertad de Roma, y que se fijan más en los ruidos y gritos que nacían de esos tumultos que en los buenos efectos que produjeron. En toda República hay dos espíritus contrapuestos, el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión de ambos.”

Era un primer esbozo de lo que más tarde se conocería como “Lucha de Clases”.

El concepto se iba a ampliar dos siglos después, cuando Jean-Jacques Rousseau, en 1754, habla de la sociedad civil y de la idea de propiedad: “El primer hombre al que, tras haber cercado un terreno, se le

ocurrió decir ‘Esto es mío’ y encontró a gentes lo bastante simples como para hacerles caso, fue el verdadero fundador de la Sociedad Civil”.

Por su parte, a fines de ese mismo siglo, en 1790, Edmund Burke parece coincidir con Heráclito cuando se refiere a la armonía de los opuestos como necesidad de la lucha. En su “Reflection on the Revolution in France”, se dirige a los revolucionarios franceses con estas palabras: “En vuestros antiguos estados ustedes tenían esa variedad, toda esa combinación y toda esa oposición de intereses, tenían toda esa acción y reacción que, en el mundo natural y político, a partir de la lucha recíproca de poderes discordantes, extrae la armonía del universo.”

Estamos ya a un paso de uno de los momentos claves antes anunciado. En 1848 aparece “El manifiesto del Partido Comunista”, con una frase de apertura

que inquietaría a sus contemporáneos: “Un fantasma recorre Europa”. En ese texto se habla, sin más vueltas, de la lucha de clases.

Algunas teorías sostienen que ese mérito le cabe al economista y sociólogo alemán Lorenz von Stein, quien en 1846 publicó “Historia de los Movimientos Sociales Franceses desde 1789 hasta el Presente (1850)”, texto en el cual introduce por primera vez en el vocabulario académico el término “Movimiento Social” que puede leerse como “Lucha de Clases”.

El propio Karl Marx acepta esa posibilidad; en una carta a Joseph Weydemeyer, fechada el 5 de marzo de 1852, señala: “No me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del

“Hasta ahora los filósofos han interpretado el mundo, a partir de ahora deberían ayudar a cambiarlo”



► Alejandra Castro Flores | “Sin llegar a la locura, pero tocar la libertad” | 2^{da} Concurso Anual Internacional de artes plásticas « Crepúsculo »

proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases”.

El primero en hablar de Lucha de Clases bien pudo haber sido Lorenz von Stein, pero no cabe duda que fue Carlos Marx quien dio el paso decisivo ya que, a partir de las propuestas que van de Maquiavelo a Burke, planteó una concepción distinta del concepto de lucha de clases. Una lucha que, tal como sostiene en la citada carta, no produce armonía o libertad sino un revolucionario cambio social. “Hasta ahora los filósofos han interpretado el mundo, a partir de ahora deberían ayudar a cambiarlo”, sostiene Marx e instala definitivamente la noción de lucha para lograr ese cambio. El marxismo a partir de ese momento queda abierto a innumerables interpretaciones y críticas.

Un buen ejemplo podría ser el nacimiento, en 1922, de la llamada Escuela de Frankfurt, en donde un valioso grupo de filósofos, entre los que podríamos nombrar a Theodor Adorno, Walter Benjamin, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Jürgen Habermas, se proponen revisar la teoría marxista a partir de que el proletariado no había producido la revolución, tal como lo diagnosticara Marx. Nace de esa manera la llamada Teoría Crítica, que propone diferentes hipótesis, aunque ninguna de ellas cuestiona el concepto básico de lucha de clases.

En 1848, por consiguiente, se planteó un concepto de lucha que iba a cambiar el pensamiento contemporáneo. Los seres humanos comenzaban a explicarse el por qué de muchos conflictos, la razón de tantas guerras. Pero esto era privativo



para nosotros, criaturas pensantes.

¿Qué sucedía con los llamados animales inferiores? ¿Ellos eran ajenos a las luchas?

Las respuesta a esas preguntas las tendríamos once años después, a mediados de 1859, cuando Charles Darwin publica: “El origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas preferidas en la lucha por la vida”, y pone del revés lo que, más allá de las teorías confesionales, hasta ese momento se tenía por entendido acerca de la evolución. Después de prolongados y profundos estudios, Darwin llega a una conclusión incuestionable: sobrevive el más apto. El concepto de lucha una vez más se hace presente.

En 1809 el francés Jean Baptiste Pierre Antoine de Monet, más conocido como el Caballero de Lamarck, publica “La philosophie zoologique”, un libro clave en el expone sus teorías evolucionistas. Casualmente, Charles Darwin nace en el mismo año en que Lamarck publica su libro y será ese libro quien iluminará los primeros pasos de Darwin.

El 27 de diciembre de 1831, el joven estudiante de teología de Cambridge se embarca en el Beagle, con el propósito de acompañar al capitán Fitz Roy, en un viaje de reconocimiento alrededor del mundo. Fue una travesía de más de 40.000 millas y se prolongó a lo largo de casi cinco años. Cuando Darwin subió al Beagle era un jovencito de 22 años, cuando bajo era un joven de 27, dueño de formidables conocimientos recogidos a lo largo del trayecto: en Bahía Blanca había descubierto esqueletos fosilizados de animales prehistóricos gigantes en la misma zona en la que existían otros similares pero de menor tamaño que, junto con la variedad de especies de pinzones y tortugas encontradas en el archipiélago Galápagos, le servirían para desarrollar su teoría de la evolución.

Veinte años antes de la aparición de “El origen de las especies”, Darwin ya tenía bien claro cuáles eran las bases de su teoría; sin embargo, demoró en dos décadas la publicación del libro: era consciente de la hostilidad con que lo recibirían.

Por fin lo publicó, en 1859, y levantó las olas de indignación que imaginara. Sus teorías ponían del revés ciertas propuestas hasta ese momento aceptadas. Darwin sostenía que los tipos bioló-

gicos o especies no tienen una existencia fija ni estática sino que se encuentran en cambio permanente, decía que la vida se manifiesta como una lucha constante por la existencia y la supervivencia, esa lucha provoca que los organismos que menos se adaptan a un medio natural específico desaparezcan y permite que los mejores adaptados se reproduzcan, a este proceso se le llama “selección natural”.

Postulaba que la selección natural, el desarrollo y la evolución requieren de un enorme período de tiempo, tan largo que en una vida humana no se pueden apreciar estos fenómenos, y, por último señalaba que las variaciones genéticas que producen el incremento de probabilidades de supervivencia son azarosas, no son provocadas ni por Dios, como pensaban los religiosos, ni por la tendencia de los organismos a buscar la perfección, como proponía Lamarck.

En un período de once años (1848/1859) se iban a conocer dos conceptos de lucha que modificarían el pensamiento contemporáneo y reforzarían aquella idea de lucha que tiene todo ser humano, más allá de creencias políticas y/o religiosas: nacer significa una lucha, vivir también implica una lucha y, en la mayoría de los casos, luchamos por no morir.

Esta última contienda, mal que nos pese, tiene el resultado impuesto, desde el mismo momento en que, luchando, abandonamos el vientre de nuestra madre. Por lo que se sabe, ahí adentro, durante los meses de gestación, no hay lucha posible, todo sucede en medio de una paz paradisíaca, pero esa paz apenas dura nueve meses.

Afuera, nos espera la lucha. □



ABC... M(undo)

Por Denise Barac

Periodista y educadora. Estudiante de la licenciatura y el profesorado en Comunicación Social de la UNLP.

denisebarac@hotmail.com

“La educación es nuestra nueva revolución. No es el fusil, no es la violencia, es la educación”. Esto dijo, con el torso desnudo y un “fuerza mapuche” escrito en la piel, René Pérez Joglar, cantante de Calle 13, en el festival chileno “Viña del Mar” de este verano.

Fue antes de cantar Latinoamérica, su canción más sentida en estos territorios. Un tema que escribió pensando en América Latina y en todos los jóvenes que están estudiando. Una canción, también, que es éxito en MTV. Un hit en las radios. Un grito de guerra en medio de la entrega de los premios Grammy.

¿Y será porque las realidades son tan complejas que a veces hasta lo desafiante se vuelve producto para el mercado?

No hay recetas que contengan los pasos para cambiar las cosas en este suelo que hace más de cinco siglos se riega con la sangre de los/as que gritan, de los/as que desafían la opresión, de los/as que cantan... Tampoco las hubo para las revoluciones airosas, ni para los pequeños logros de los/as oprimidos/as.

Si antes se pensaba en el ataque por un solo frente, en que la principal contradicción era capital-trabajo, hoy la pelea se da en múltiples sentidos. La cultura, entendida fuera del museo, desde lo que sentimos, lo que pensamos, lo que deseamos, lo que hacemos, lo que consumimos, lo que sabemos, lo que creemos, lo que conservamos y lo que transformamos, es un campo en disputa constan-

te, una arena de combate.

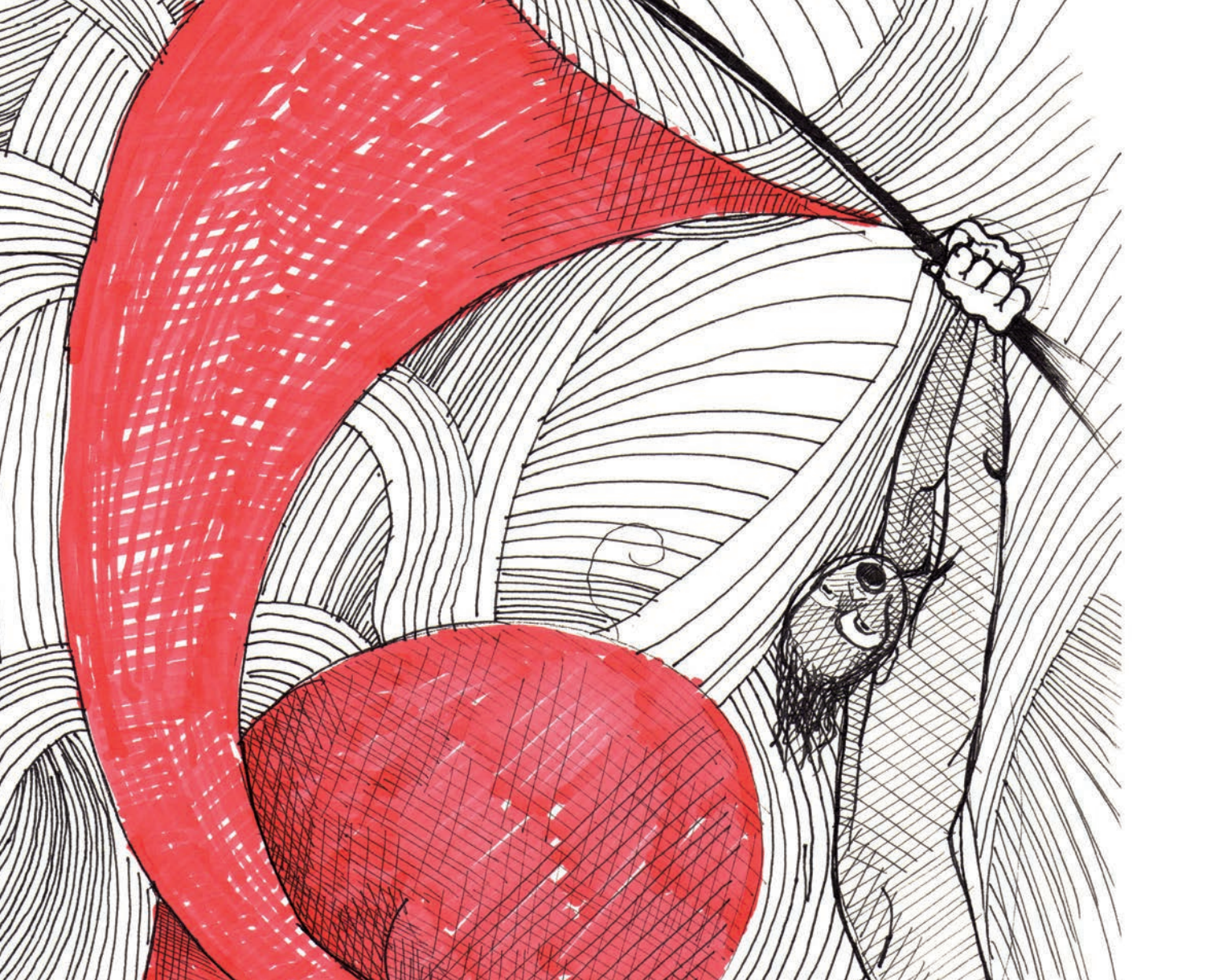
Y uno de los viejos frentes de la batalla cultural es la educación.

La escuela en Argentina nació en sintonía con la conformación del Estado Nacional y tuvo como principal función saldar las diferencias sociales a través de la instrucción básica universal. Su objetivo era la transmisión cultural de la época.

Muy poco queda hoy de ese origen. El rol del Estado se ha desplazado dándole lugar al Mercado y así entraron en escena las escuelas privadas; que conviven con las públicas, pero acentúan la desigualdad. Además, los cambios sociales, políticos y culturales de estos tiempos abrieron nuevos desafíos frente a la inclusión social, el intercambio en la diferencia, la incorporación de nuevos y “otros” saberes y de los nuevos códigos culturales que han producido los avances tecnológicos.

Pero, volviendo al tema, sí, volviendo. Porque, ¿acaso no había educación antes de que se fundara la primera escuela? ¿Sólo nos formamos allí? Reducir la educación a la escuela es como reducir el arte a las Bellas Artes, o la comunicación a los medios de comunicación. Así como dentro de la escuela se libra la batalla por la conservación y la transformación cultural, fuera de ella y con la educación como arma, muchos/as dan la pelea por el fin de la opresión.

Las teorías de la educación se han posicionado respecto del cuestionamiento de la sociedad en la que vivimos. Las llamadas teorías tradicionales, nueva, tecnicistas, no-directivistas, tecnocráticas y conservadoras, ven en la educación la solución para los problemas sociales. Y, a su vez, ven a estos problemas como naturales del sistema; porque



► Fernando Díaz Mirón | “Lucha” | 2.^{do} Concurso Anual Internacional de artes plásticas « Crepúsculo »

aceptan las condiciones materiales como dadas, como lo establecido.

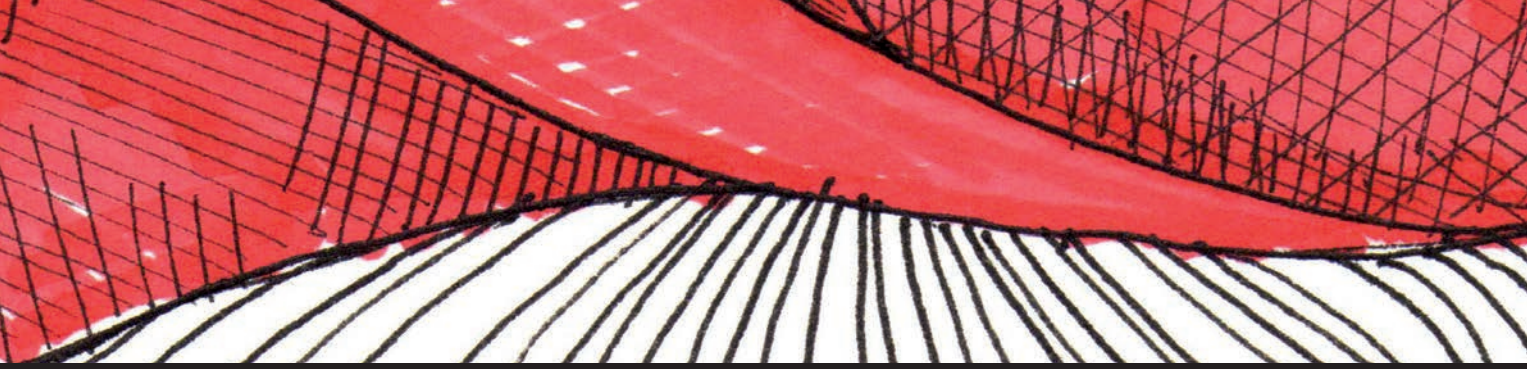
Por otro lado, las teorías críticas cuestionan el orden social y las condiciones establecidas. Dentro de éstas, las conocidas como crítico-reproductivistas, centran su análisis en el terreno sociológico y no el educativo. Las crítico-propositivas, como su nombre lo indica, consideran que existen espacios alternativos generados por la especificidad de la educación y que permiten realizar propuestas de acción para la transformación social. Estas últimas, en el terreno de la práctica, son las que nos ocupan; ya que, si bien para ellas la educación depende de la sociedad, ésta puede intervenir para su transformación.

Hay muchos y muchas que no esperan el Cam-

bio Social para proponer otras formas de educar, y, paralelamente a otros procesos, fomentan, por ejemplo, la educación popular.

Juan Sebastián es moreno, de ojos negros rasgados y seno fruncido. Tiene siete años y de él se dice que es terrible. Va a segundo grado de una escuela pública de las afueras de La Plata. En su barrio, al sur de la ciudad, donde las calles son de tierra y la arquitectura la construyó la urgencia, se abrió un taller de apoyo escolar. Juan Sebastián, su hermana de once y su tía de siete, van todos los sábados.

Popular, liberadora, dialógica o de los oprimidos,



son las distintas maneras de llamar a este tipo de propuesta pedagógica. No son adjetivos sino que funcionan como sustantivo. No califican el tipo de educación que se brinda sino que construyen otra cosa.

De los bolsillos del pantalón de jogging azul opaco de Juan Sebastián sobresalen dos bultos. Un mazo de cartas de puntas abiertas y redondeadas partido en dos resalta por los costados de su cuerpo. El niño hunde sus manos los bolsillos y toma las cartas estirando los dedos para que no se le caigan. Junta los dos montones en un mazo de ocho centímetros de altura.

—¡Mirá! ¡Mirá como tiro!, ¡mirá! —le dice a Laura, una de las talleristas, mientras se coloca en pose de lanzamiento: pie derecho al frente, pie izquierdo en noventa grados y las rodillas semi flexionadas. La carta de Son Gohan (personaje de Dragon Ball Z) gira en el aire como una estrella de acero y choca contra la chapa que divide el tinglado del comedor del patio de la casa vecina. Cae en medio del charco.

Juan Sebastián se da vuelta y mira a Laura. Sonríe. El niño corre hacia el fondo del tinglado, se agacha y toma la carta. La pasa sobre el jogging y la une al mazo. Corre hacia la joven mientras ella saluda a otros niños que acaban de llegar.

—Este es Trunks, ¡mirá! —dice mientras le da tres golpes suaves en el brazo. Con las dos manos sobre el mazo pasa la carta de arriba hacia abajo.

—Y este es Goten, el hijo de Chichi y Son Goku.

—Faah... ¡Cómo sabés! hacete unos dibujos de Dragon Ball para la próxima, ¿dale?

La idea es partir de lo existente para poder trascenderlo. Como dice Paulo Freire, el mayor referente pedagógico de esta propuesta: “Las cosas no son así, están así”.

La pelea en esta arena es larga y peliaguda, pero

hay quienes dicen que vale la pena; porque hay cambios que no pueden posponerse para “etapas” posteriores. El desafío es urgente.

Ese día los talleristas de apoyo escolar no consiguieron atraer la atención de Juan Sebastián. Lo convocaron una y otra vez a decir el abc con los/as demás niños/as de la mesa de lectoescritura, a separar palabras en aplausos, a pensar cosas que empiecen con... No hubo caso, la escena siempre terminó en empujones con el/la de al lado, pelea por los lápices de colores, en “yo no quiero”, en “no me gusta” o en hoja rota. El taller siguió su curso, o pretendió hacerlo, mientras que el niño anduvo por ahí.

Los ruidos se escucharon hasta el fondo del tinglado. Una mezcla de esos tiros que escupen saliva y pasos firmes sobre la chapa.

—¿Qué hacés ahí? ¡Juan Sebastián bajá ya del techo! —Dijo Tomás, que fue el primero que lo vio.

—¿Por qué?

—Porque te vas a caer y te vas a romper la cabeza. El niño frunció el ceño y apretó los labios.

—Juan, bajate por favor. —insistió Tomás mientras tiró el cigarrillo a mitad de fumar.

—¡No me voy a bajar! ¡No me voy a bajar!

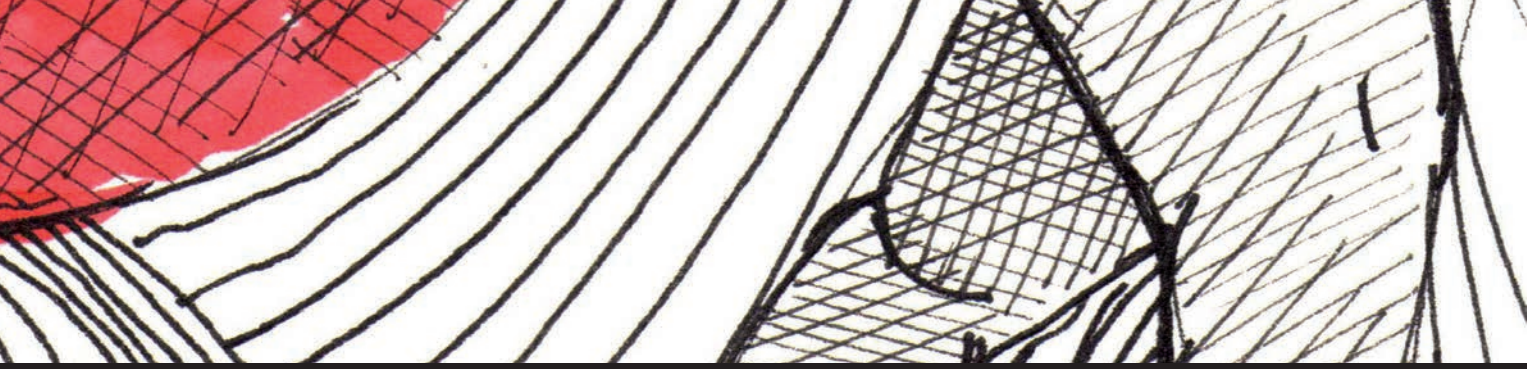
Nadia, una de las otras talleristas subió el tono de la lectura, mientras que Natalia le dio énfasis a sus explicaciones matemáticas y Laura aplaudió como si más que separar palabras en sílabas quisiese cortarlas.

—Si te caés de ahí te podés matar, Juan. Dale, no seas malo. —Dijo Tomás en una frase más pausada.

—Y a mí qué me importa... que me mate. Si todo el mundo me trata mal, qué me importa.

Por la columna de fierro, Tomás comenzó a subir al techo.

La educación popular no cuenta con seres iluminados, ni seres sin luz (alumnos), construye un co-



nocimiento que brota de la experiencia y la lucha de clases. Un saber construido por los sectores populares y que fortalece su poder de transformación social. Se trata de una educación que se propone construir conciencia y protagonismo social y político, que busca formar sujetos libres, críticos, autónomos y creativos. Una educación con la que se lee el abecedario pero también el mundo.

A pesar de la lluvia intermitente, esa tarde fueron más de quince chicos/as y el taller se armó adentro del comedor. No había lugar ni para que caminaran las hormigas. La maestra de cuarto grado le había dado de deber a Daiana una guía de diez preguntas sobre la división política y las características poblacionales de la Provincia de Buenos Aires. Ella, precavida, se llevó un libro de Ciencias Sociales.

—Laura, ¿me ayudás a buscar?

—Sí, ahí voy. —Dijo Laura mientras repartió unas hojas para colorear a las más pequeñas que también compartían la mesa.

Daiana esperó en silencio mientras Laura explicó que había que pintar sólo las cosas “que empezaran con la letra de mamá”.

—Tengo que buscar esto. —Dijo Daiana mientras señaló la guía de preguntas escrita por ella en hoja de carpeta.

—Bueno... busquemos en el índice a ver por dónde puede estar la respuesta —dijo Laura mientras recorrió, con el dedo, la página de arriba hacia abajo—. La primera puede andar por acá. —Dijo, mientras le dio el libro a Daiana y se volteó hacia Celeste, que no dejaba de tirarle del brazo para que le diga si “¿hay que pintar el mono?”.

Daiana clavó la mirada en el texto y se inclinó sobre él. Con el dedo índice comenzó a seguir el devenir de las palabras de izquierda a derecha. Al cabo de unos minutos se puso a hablar con Rocío y a indicarle qué debía pintar y qué no.

—Dai, dejá que Rocío descubra cuáles son las que

hay que pintar —dijo Laura—¿Cómo te fue a vos?

Daiana encogió los hombros y bajó la mirada.

—A ver, —dijo Laura mientras agarró el libro y lo puso entre las dos — ¿Cómo era la pregunta?

Daiana agarró la hoja de carpeta y se la dio.

—¿Cuántos habitantes tiene que tener un lugar para ser considerado ciudad? —leyó Laura.

Daiana empezó a leer el texto en voz casi imperceptible. Laura la acompañó corrigiendo y completando letras en medio de los silencios. La s palabras se fueron espaciando cada vez más hasta que Daiana se cayó. Su mirada seguía clavada en el libro.

—¿Y, Dai? Vamos...

Daiana continuó en silencio y Laura dejó de insistir. Ambas permanecieron calladas por varios segundos. Cuando Daiana levantó la mirada tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa...? —dijo Laura mientras se dio cuenta que estaba preguntando una obviedad.

—Nada...

—Descansemos un rato, ¿dale? —propuso.

—No, no. Sigamos.

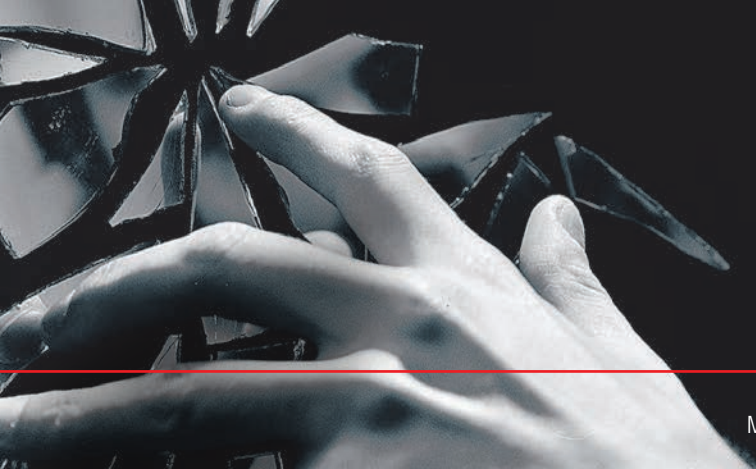
—¿Segura? Cortamos un rato y después seguimos.

—No... sigamos.

Laura empezó a leer con voz fuerte y pausada mientras recorría con el índice las palabras que iba pronunciando. Daiana la siguió, en voz baja, gesticulando con plasticidad.

Entonces, ¿cómo formar sujetos que se sientan protagonistas de la historia? ...que se sepan transformadores de la realidad? ...que no se apropien de la sumisión que les propone el pensamiento dominante?

No importa terminar el cuestionario, de lo que se trata es de seguir preguntando. □



EL Espejo

Por Sebastián Grimberg

Mención de Honor del V Concurso Internacional de Relatos "Crepúsculo"

Ni bien nos mudamos empezó con lo del espejo. Se lo metieron en la cabeza las viejas que atiende en la peluquería. Había que ponerlo sobre la pared enfrente a la puerta de entrada del departamento, de modo tal, que quien la abriera lo primero que encontrara fuera su reflejo. Cuando objeté que me parecía desagradable y hasta molesto —uno no tiene presente su propia imagen a toda hora y resulta chocante encontrarla cada vez que entra a su casa—, mi mujer me comunico muy seria y convencida (por esas viejas de mierda seguro, y perdón por el exabrupto), que el espejo absorbería las “malas energías”; tanto las nuestras como las de nuestros eventuales visitantes. Le dije que era una estupidez; pero ya conoce a las mujeres; saben por donde entrarte. Me dijo que lo hiciera por ella, y que así estaríamos mejor; después me mostró una de sus sonrisas mimosas y... en fin, pusimos el espejo. Sin embargo, lo que no me explicó —y supongo que ni siquiera se lo preguntó a sí misma—, es lo que pasaba con esas “malas energías”, ¿a dónde iban?

La noche siguiente, el reflejo que encontré al abrir la puerta me sobresalto; y no pude evitar durante la cena y al irme a la cama, la sensación erizada y fastidiosa que me había dejado aquel susto. Eso se repitió durante toda la semana. Hasta que logré prepararme para verlo, o verme. Pero cuando abría la puerta despacio, el espejo me devolvía invariablemente una imagen gris y raída. Odiaba esa imagen. Traté entonces de no mirarlo, pero el espejo era amplio y cubría gran parte de la pared; se me metía por el rabillo del ojo. ¿Qué hacès?, dijo mi mujer. Yo había tirado el perchero que estaba junto a la puerta, y no podía explicarle porqué tenía los ojos cerrados. Decidí entonces clavar la mirada en el piso, y levantarla sólo cuando estaba lejos de su alcance.

Pero él no me dejaba. Después de cenar, nos sentábamos en el sofá a ver televisión. Yo giraba la cabeza hacia donde estaba y lo descubría deformando mi rostro o el de ella; alargando nuestras frentes y mentones como si fueran de goma derretida, o mudando nuestros gestos en muecas atroces. Empecé a tener problemas para dormir. Me preguntaba a donde irían esas fuerzas negativas absorbidas por el espejo. Creí entonces que anidarían en una sola figura, oscura como una sombra, pero formada por los infinitos rasgos, de frente y de perfil, que el espejo había captado. Mientras yo estaba en la cama, mirando el techo en penumbras y dando vuelta la almohada en búsqueda de frescura, la sombra se pasearía por el comedor imitando nuestros gestos o repitiendo nuestras acciones. Nada más lejos de aquello. Nos necesitaba a nosotros, necesitaba cuerpos, soportes, para trasladarse. Esto lo descubrí después, a través de los cambios operados en mi mujer. Dejó de traerme el desayuno a la cama. Tampoco volvió a esperarme a la salida del trabajo con entradas para el cine. Todas las atenciones que siempre tuvo conmigo, cocinar mi comida favorita, prepararme la ropa para el día siguiente, y coserme las medias, comenzaron lentamente a espaciarse —ella, la figura salida del espejo a través de ella, aducía olvido o cansancio—, hasta extinguirse por completo. Pero esos son sólo detalles. La influencia más radical de la figura sobre ella, se manifestó en la profunda transformación que se operó en su carácter. Siempre había sido una chica maravillosa, llena de alegría. De nuestros años de noviazgo —casi cuatro—, no le recuerdo un enojo, una rabieta. Pero después empezó con los caprichos, con las quejas. Que si me olvidaba de hacer la cama, que la ropa sucia sobre la tapa del inodoro, que no le preguntaba si necesitaba ayuda en la cocina:



► Leonardo Liñares | Ilustrador - Diseñador Publicitario. *Fotomontaje / Ilustración* "El espejo".

quejas, quejas, quejas y quejas; caprichos, pava-
das. Me reventaba la forma en que me lo decía.
Si usted la hubiera escuchado... me retaba como
a un chico. Y yo le decía. Le decía lo del espejo,
lo de la influencia, había que sacarlo. Pero eso
la enojaba; decía que no me hiciera el tarado...
¡Para qué! Ahí me daba más bronca... Cuando
empezó con los gritos sentí que no podía más.
¿Hay algo más irritante que los gritos agudos de
una mujer? Y ella lo negaba, decía que no grita-
ba, que hablaba "normal". Pero eso mismo lo
decía gritando. Me volvía loco.

Resolví acabar con el espejo antes que lo hicie-
ra con nosotros. Ese domingo mi mujer había
salido. Me paré frente a él. En la penumbra de
la sala parecía una cascada de agua turbia. Tuve
la sensación de que latía. En la mano me pesaba

el martillo. Descargué el primer golpe. A la
altura de mi frente, quedó un pozo del que nacía
una rajadura gruesa que me partía la cara. Eso
me impresionó. Cerré los ojos y seguí golpean-
do. Cuando terminé el trabajo transpiraba, y me
senté en el sillón a esperar a mi mujer. Crujieron
los vidrios que arrastró la puerta al abrirse, cru-
jieron también cuando ella los pisó. Entonces se
enfureció. Nunca, nunca la oí gritar tanto. Des-
pués se metió en la pieza y golpeó tan fuerte la
puerta que fué como si un petardo me reventara
en los oídos. Me levanté del sillón. El espejo es-
ta destruido y ella seguía igual. No tenía alter-
nativa. □

NO!

No, No Pasaran

Por Luis Straccia

Son tiempos difíciles, son tiempos de resistencia. Parapetados, con suficientes provisiones como para resistir 3 o 4 inviernos, aguantamos. Las fuerzas están bien, dentro de todo. La moral, no vamos a decir que está en alta, pero zafa... Son momentos de resistencia, pura resistencia.

La primera guerra mundial se caracterizó por ser estática. Metido en mi trinchera me asomo y disparo, pero no me muevo.

Aguardo y si encuentro la posibilidad, disparo.

La segunda guerra significó el triunfo del despliegue de movimiento, del desplazamiento. Barcos, aviones, tanques, trenes, transportes, permitieron el avance de las tropas.

Hoy? Y hoy estoy, estamos...Cuesta pensarse en acción, en transformación.

Pero al menos hacemos el intento de pensarnos y consecuentemente de problematizarnos, cuestionarnos, reprocharnos la quietud...aunque eso duela. Y eso no es poco, porque de ahí surge la posibilidad de reconocernos como lo que somos.

Comienza, o mejor dicho sigue y se intensifica la lucha. Junto los mangos y llego. Sí es cierto, a duras penas, pero llego. Y completamos la colección Robin Hood. Junto los mangos, y trato de llegar y arañar algún que otro número de Asterix.

Entonces vamos sumando aliados. Que se saben también en desventaja frente a la oferta cuasi obscena de sus rivales. Pero se plantan bajo la bandera que Grita **Resistir**, esa es la consigna.

Las responsabilidades que no han tocado en este combate las asumimos, no les esquivamos el bulto. No optamos por la salida facilista de refugiarnos en una adolescencia eterna, y han de

pagarse los costos que sean necesarios. Como otros lo hicieran antes que nosotros, aunque a muchos les parezca que deben resignar “muchas cosas”, que no son más que falsas promesas de placeres egocéntricos.

En realidad, creo, uno no resigna un carajo. Porque uno no es el mismo de ayer con un juguete nuevo —que ha de usarse y perderse en el tiempo—, uno es este de hoy con uno o más hijos, que lo definen como lo que es “padre”. Es eso, padre, o madre. Con todo lo que ello implica.

Y asumimos el reto, cada uno en su rol, con conflictos a veces, pero sabiendo que el enemigo no está adentro, que las diferencias pueden limarse para enfrentarse a ese poderoso contrincante, que nos mira con desdén, que nos sobra...nosotros sólo pensamos “confíate, nomás...confíate”

Es cierto que tenemos batallas pendientes. Armar un barrilete con caña, papel y piolín es una de ellas...

Pero no es menos cierto que hemos librado todas, o casi todas las que se nos han arrojado por la cara, aquellas con las que nos han intentado mojar la oreja. Sería por demás pedante decir que no hemos perdido ninguna. Pero aquellos que lo han logrado, saben del placer que da el poder ganar —o al menos empatar sobre la hora— algunas de ellas.

No

No ha de serles fácil.

Sabemos que estamos en desventaja, que peleamos desde abajo y con los pantalones rotos en las rodillas, pero eso que otros ven como falencias, son nuestras fortalezas.



No

Si no te ha de ser tan fácil.

Hechá pa atrás.

Para vos es un número más, un billete más.

Hechá pa atrás, que a nosotros nos va la vida en esto. No sólo la mía. Que nos va la libertad, las ganas, los sueños, los nuestros y de nuestras hijas.

Y esas son cosas que no te las vamos a dejar así nomás.

Que esto genera cierta soledad, si puede ser.

Pero también es cierto que hay otros como uno. Que nos reconocemos con contraseñas. Sutiles. Delicadas. Una frase que descoloca, una ironía acertada, el tararero de cierto tema musical, el recuerdo de hechos compartidos de manera similar sin habernos conocido.

Ahí nos miramos, mientras esperamos que los chicos salgan de la escuela. Sin hacer alardes, no son necesarios. Porque contra lo que uno pelea es contra lo artificioso, sea del mercado de consumo, sea contra los estereotipos de la alternatidad que se define a sí misma como lo opuesto “a”, pero que nada sería si ese “a” no existiese.

Simple.

Simple canto a la individualidad, que no debe confundirse con el individualismo. Con negociaciones, con contradicciones, pero conscientes de las mismas, o de que se puede llegar ser conscientes de ellas aun sin reconocerlas.

Las miradas que buscan un horizonte, con las pupilas que se dilatan, con ojos que perciben el movimiento, se contraponen valientemente, corajudamente, a las miradas estáticas, vacías, perdidas que tienen como destino la pantalla de la tele.

Esta no se niega, no se reniega de la misma, se disfruta, se mira y se discute. Se la incorpora, más no mansamente, sino, haciéndole pagar al menos un costo por meterse en nuestra casa.

A la televisión nocturna, le oponemos una vocecita que nos dice “apagá la luz, apagala, que me quedo pensando cosas lindas”

Pero antes que nada, le atravesamos cual barricada, el sacrificio de la flaca que aunque llueva, hiele o haga calor, todos los días a las 22, destina 30 ó 40 minutos a la lectura.

Primero ataca con un Pin Pon cumple años, le sigue un Alejo el Conejo. Ambos –combinados con otros- han de repetirse de manera ritual noche a noche.

Luego se disparan las Crónicas de Narnia, lo los relatos de Fernando de Vedia, o las ya citadas Asterix y Obelix.

Si el enemigo nos bombardea con una Barbie, con un Transformer. Resistimos, incorporamos, resignificamos.

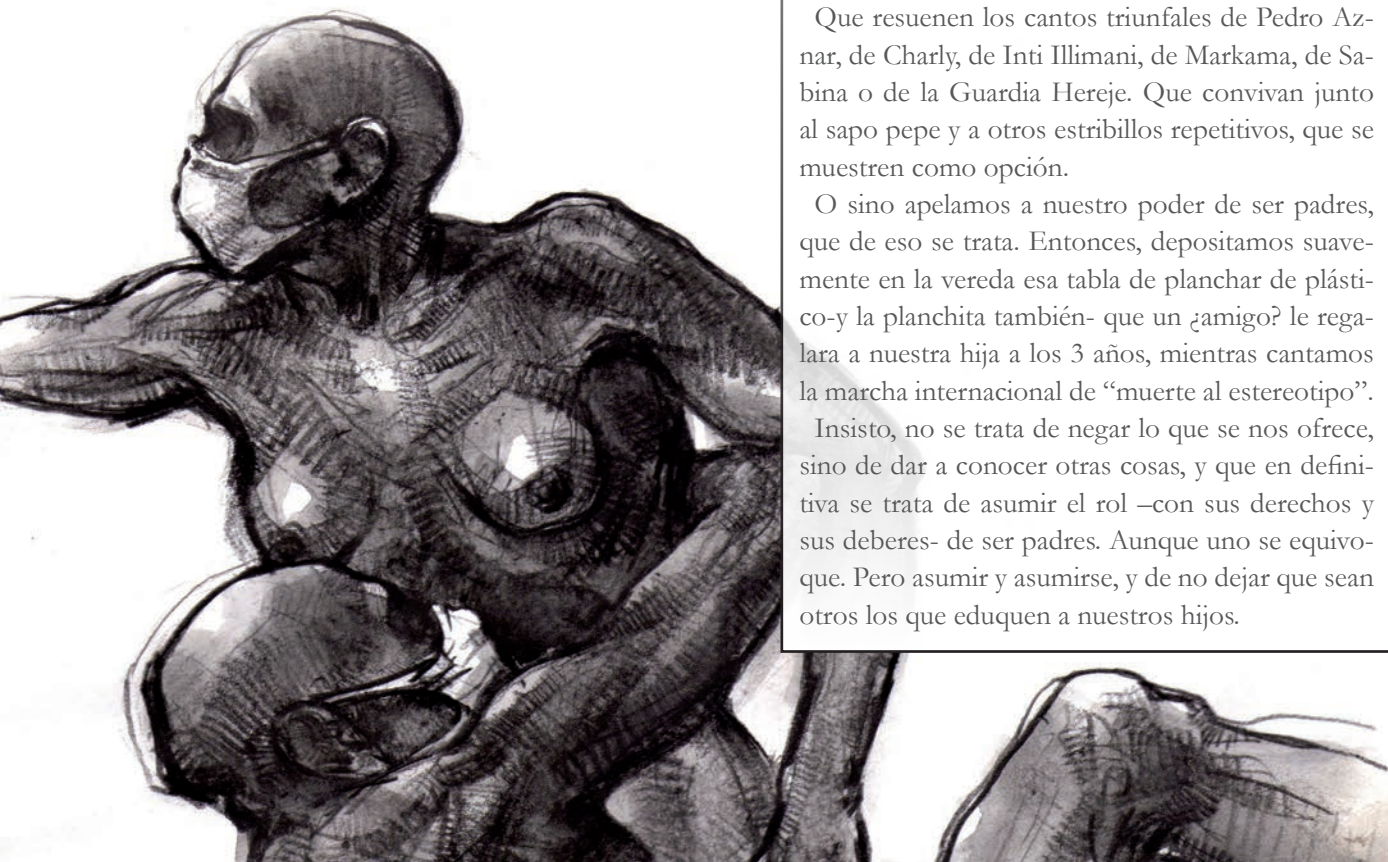
Marche un Patoruzú.

Que avance un Don Gato.

Que resuenen los cantos triunfales de Pedro Aznar, de Charly, de Inti Illimani, de Markama, de Sabina o de la Guardia Hereje. Que convivan junto al sapo pepe y a otros estribillos repetitivos, que se muestren como opción.

O sino apelamos a nuestro poder de ser padres, que de eso se trata. Entonces, depositamos suavemente en la vereda esa tabla de planchar de plástico-y la planchita también- que un ¿amigo? le regalara a nuestra hija a los 3 años, mientras cantamos la marcha internacional de “muerte al estereotipo”.

Insisto, no se trata de negar lo que se nos ofrece, sino de dar a conocer otras cosas, y que en definitiva se trata de asumir el rol –con sus derechos y sus deberes- de ser padres. Aunque uno se equivoque. Pero asumir y asumirse, y de no dejar que sean otros los que eduquen a nuestros hijos.



MANIFIESTO DE LA RESISTENCIA

Un nuevo fantasma recorre el mundo (En realidad no es nuevo, sino que como le gusta hacerlo, se presenta como novedoso). El nos dice, nos susurra, nos intenta seducir, con que la vida es placer pleno, que no hay dolor, que todo es felicidad...

A cambio sólo nos pide el alma, nos quiere comprar el alma, dejarnos sin ella. Intenta unificarnos, estandarizarnos, producirnos en serie, uniformarnos y conformarnos. Sí conformarnos con una misma receta para nuestros todos nuestros males, todos nuestros deseos, todos nuestros todos

Nosotros, reunidos aquí, en este pequeño rincón del mundo, hemos decidido:

- Que a aquellos que nos proponen un dvd portátil para los viajes largos (“y para que los nenes no molesten”) hemos de enfrentarlos con el exitoso combate en ruta, de construir un relato de manera compartida a lo largo de varios quilómetros. De dibujarlo en una pizarra, de moldearlo en plastilina, de representarlo con muñecos.

- Que al orden y la pulcritud de las revistas de decoración, vacías de personas y de personalidad, estereotipos de lo “que se estila”, modelos a imitar por el medio pelo consumista que llena todo de cañas de bambú, de piedras blancas, de enormes ventanales sin persianas ni cortinas que dan de lleno al ventanal del baño del vecino, hemos de contraponerle

- * paredes dibujadas

- * obras de arte de acuarelas, de temperas, de mamarrachos que se decodifican como “mamá, papá, los gatos y los abuelos”.

- * Enjambres de autitos donde autonauatas disfrazados de peluches, vestidos de muñecas, juegan a cruzarse en medio del paso.

- * Y, como golpe de gracia, una foto familiar, un poco fuera de foco, con un marco demodé y encima, medio torcida, sí torcida, en el centro de la pared del living. (ya se lo hemos advertido, no jodan con nosotros).

- Que a la violencia cotidiana le hemos de oponer gestos de solidaridad, y por qué no decirlo algún que otro insulto a los imbéciles que manejan para el culo. Pero nada del otro mundo.

- Que a los labradores o caniches “de moda”, los confrontaremos con una gata tuerta y quilombera, con otra vieja y quilombera y con otra quilombera solamente.

- Que a las vacaciones hacinados en la costa hemos de tirarles con las sierras fuera de temporada. Cuando los ríos tienen agua, cuando el clima es cálido, cuando ya se han ido “los que cubren toda la playa con celofán”, cuando es posible apropiarse del aire, de las plantas, de las piedras, de las aves...cuando se puede recorrer senderos jugando (sí, porque uno se incorpora al juego) como exploradores en busca de arañas, de cotorras, de hormigueros, de cigarras...sin ruidos, sin vendedores de helados, de churros, de mantas...sin necesidad de ellos...sin estar todos los días en la misma arena tirados cual lagartos, sino conociendo y descubriendo en movimiento, en viaje...

- Que a los cultivadores de las discriminación, a los falaces hacedores de pequeños fascistas, hemos de denunciarlos, señalarlos y dejarles en claro que por aquí No Pasarán.

- A los que no pueden estar sin el ruidoso estímulo del afuera, hemos de enfrentarlos con las cabezas juntas, las espaldas en el césped, las manos señalando al cielo, buscando formas en las nubes, definiendo con ellas personajes y creando historias.

Se dirá que nuestra práctica no modifica nada, que a nadie importa.

Error, grosero error.

A nosotros sí. □

► André Arnaldo Granados Guerrero | “Monumento a los que luchan por vivir”
2^{do} Concurso Anual Internacional de artes plásticas « Crepúsculo »





Refugio de un naufrago

Por Mariano Vazquez

Licenciado en Comunicación Social UNLP - <http://flavors.me/mareanovazquez>

Conocida como música funcional, ese listado de veinte canciones que se repiten sin cesar durante todo el día, te mece, te acuna y te lleva a perder la noción del tiempo y, combinado con la graduación constante de las luces y al impertérrito orden de las góndolas, evocan un presente eterno.

A su vez, ese recorrido obligado una o dos veces por mes, se transforma, para muchos, en el espacio físico donde ocupar el tiempo en una tarde de lluvia, un feriado o quizás atender al consumo, esa banal necesidad efímera que suele identificarse con la felicidad.

Sobre cómo me fui del lugar donde nunca quise estar

De adolescente pensaba que las luchas verdaderas eran aquellas que dependían del individuo, que nada valía si uno no se ganaba, por mérito propio, aquello que pretendía y que todo lo que podía conseguir, dependía únicamente de mí. Sin saberlo era adepto a una especie de voluntarismo idealista y naif.

Tiempo después de haber dejado mi pueblo, de haber terminado el secundario e inconclusa la licenciatura en economía tropecé con la izquierda. Sin saberlo, esa era la izquierda más puritana que podía encontrar. Lo era de tal forma que no paraba de fracturarse en la búsqueda de un purismo que sólo era posible en los libros, al punto de rozar un materialismo idealista. En ese entonces, la lucha era algo colectivo y lo que se pensaba individualmente estaba condenado al fracaso.

A pesar de estas posiciones, que si se quiere pueden ser vistas como antagónicas, descubrí, en la misma forma que se descubre algo que siempre estuvo ahí, que la vida está plagada de luchas pequeñas, grandes, cíclicas, absurdas, lineales, imposibles, innecesarias, simples y evitables. De todas y cada una aprendí algo, o al menos eso me animo a creer.

En este recuento fugaz que ahora llega a mi mente, pone sobre relieve una lucha que me significó, acaso, una formación de carácter y que entre otras cosas motiva este texto que se materializa en las líneas que desarrollo acá y que no es más que la excusa para buscar la punta de una madeja que lleva treinta años enrollándose.

Casi cinco años

Comencé a trabajar en el hipermercado un cinco de noviembre. En ese entonces, y desde mucho antes, todos los grandes conglomerados comerciales me parecían odiosos, detestables y banales. Cinco años después, me parecen odiosos, detestables y banales, pero hay algo que cambió...

Pocos días antes de cumplir cuatro años en el hipermercado supe que necesitaba un cable a tierra, un salvoconducto para aliviar el agobio producto de la rutina. Así abrí un weblog que decidí clausurar el 31 de marzo de 2010. Estaba decidido, después de ese día, de la forma que fuese, yo no iba a volver a pisar el mercado.

Tan lejos no estuve.

Esa lucha declarada y manifiesta que emprendí para mis adentros y que registraría en la web había comenzado mucho antes que tomara conciencia de ella. A diferencia de las personas que suelen evadirse de la realidad en sus trabajos, yo necesitaba de la realidad del mundo y de la facultad para escaparme mentalmente del trabajo que ocupaba gran parte de mi cotidianeidad.

Primero empecé a simular que trabajaba y, a espaldas de los jefes, aprovechar para charlar con todos los que pasaran cerca. Sin embargo, a pesar de mi empeño, de las 600 personas trabajaban en la tienda sólo conocí a unas cien, de las cuales sólo mantengo contacto con una o dos.

La rutina

Quizás por una característica de mi personalidad a no manifestar fuertemente los desacuerdos, no responder exultante a las inquisitorias de los jefes, o simplemente porque uso anteojos y tengo cara de bueno, muchos respiraron tranquilos y confiados.

Tuve dos jefes en el mercado. Con el primero de ellos, no llegué a conformar una amistad pero sí, una relación basada en el respeto y cierta honestidad, mucho más de lo que tienen algunos que se llaman amigos. Él tuvo una completa confianza en mi persona y en mi tarea, incluso conservo un buen recuerdo a pesar que era un

adicto al trabajo que no diferenciaba el espacio laboral del personal y era capaz de llamar a cualquier hora.

En un sentido completamente distinto, el segundo podía hacerme cambiar de humor en minutos y acosarme por cualquier nimiedad... sobre todo acosarme. Solía aparecer, siempre con un rictus correcto y te decía “¿...y... como venís?”, sin importarle la respuesta. Para peor, siempre tenía una sugerencia, una indicación, todo para conservar la última palabra.

No sé bien si debido a un rasgo innato o a un mecanismo de defensa que desarrollé con el paso del tiempo, pero gracias a mi cara impávida, el tono monocorde y unos balbuceos que no aportaban nada, pude esquivar con asiduidad el aprieto de esa pregunta. La última palabra que tomaba mi jefe no era siempre verbal, en lugar de ella caía una palmadita en la espalda o una trompada en el lugar que le quedaba a tiro.

Un lenguaje único

Tocadas de culos, trompadas y un recordatorio de tu hermana o tu vieja. Eso configuraba el tópico predominante que, sumado a temáticas como, bailando por un sueño, el fútbol del fin de semana y la inseguridad, conformaban un combo altamente fastidioso.

El primer día de trabajo, aquel 5 de noviembre, llegué al mercado en las condiciones presolicitadas: pelo corto (rulos dominados), recién afeitado (barba de un día era suficiente para que te demoren en la entrada y te manden a afeitarse) y ávido de aprender el know how de la empresa. En las semanas previas, tuve los exámenes laborales, ese primer día presencié la construcción de mi perfil.

- ...y decime, ¿De qué cuadro sos?
- Boca... de chiquito era de Boca, pero ahora no lo sigo mucho, casi nada.

Sin saberlo cometí mi primer error, en su lógica de pensamiento resultaba necesaria una filiación de esa magnitud para recibir su primera etiqueta. Tener un tema para hablar o discutir, o dejar discurrir el tiempo en una charla insignificante y

mal habida pero que simule una cercanía entre el jefe y el subordinado.

A esa siguieron otras indagaciones sobre el estado civil, las prácticas recreativas, las salidas de los fines de semana y por supuesto, el detector de masculinidad por excelencia: una evaluación de los culos de las promotoras del hipermercado, en ese momento, mi opinión valía como la de un juez que emitía veredictos inapelables.

Durante casi cinco años ordené, repuse, armé y vendí muebles; limpié, acomodé y ensamblé juguetes y conté, conté y conté toda la mercadería del mercado. Esa fue la última tarea que tuve, hacer inventarios, monótonos y previsibles inventarios, recuentos, uno por uno, de la mercadería: galletitas, fideos, tarros de café, paquetes de yerba, golosinas, platos, herramientas y todo un listado de cosas que la gente no necesita ni piensa en comprar hasta que aparecen dispuestas y al alcance de la mano en la góndola.

Rata, rabona, faltazo

Para faltar a trabajar no había nada más efectivo que enfermarse, lo cual era burocráticamente demostrable con un certificado. La clave estaba en inventar algo por un par de días: gripe, lumbalgia o gastroenteritis, algo breve que te permitía descansar y que no fastidie demasiado a los jerárquicos y así eludir las represalias acostumbradas que iban desde enviarte a realizar la tarea más pesada, hasta soportar un sermón moralizante sobre la responsabilidad que implicaba el trabajo.

Con frecuencia tuve, lumbalgia, gastroenteritis y diarrea, otra variante era la donación voluntaria de sangre, lo que me granjeaba un día de relax.

Quizás esos días “libres” no se podían aprovechar al máximo, pero significaban una interrupción inesperada en la rutina. Y eso, en medio de las labores más previsibles, era genial. Por fortuna nunca me tocó la tarea más pesada, pero sí la inevitable charla con el jefe, su bajada de línea y la moralina sobre la responsabilidad.

A esta altura de los días, yo ya había perfeccionado un modo de escucha ausente que sigo utilizando y que comprende tan sencillamente un movimiento desacompasado de la cabeza si-

mulando aceptación y un sí que parece más un silbido involuntario.

Relato de un naufrago

Las fiestas de fin de año y navidad componían un paréntesis con un dejo de novedad. El último prolegómeno de Nochebuena, esa tarde en el mercado, bebí champagne en un vaso descartable, recostado en una pila de alimento para perros, en la jaula del bazar al fondo del depósito. El calor y la humedad fueron suficientes para hacerme transpirar con el mínimo movimiento.

En esas celebraciones, los empleados de los dos turnos nos cruzábamos para brindar juntos, signo y representamen de un buen augurio. Muchos, aprovechaban el alboroto para comer y para brindar en exceso. Yo no fui menos y aproveché el exceso de empleados para refugiarme al amparo del pallet de alimento balanceado para terminar de leer *Relato de un Naufrago*.

Años antes, durante el último tiempo que trabajé en el bazar, ordené mi trabajo de tal forma que quedara un bache de unas dos horas para abocarme a la lectura. En esos ratos, entre la premura con que realizaba mis labores en las primeras horas y el tiempo necesario para dejar ordenado el salón para el día siguiente, forjé un espacio para sumergirme en varias novelas breves de autores como de Noé Jitrik, un dueto de clásicos de García Marquez, retazos de Feinmann, algo de Kundera y un Kafka amarillento que estaba arrumbado entre cajas de útiles escolares.

El fin buscado

El 17 de marzo salí del trabajo decidido a no volver. Todo se había acumulado a la altura de mi cuello, y presionaba como una quimera sobre mis hombros. A todo eso había que agregar que mi jefe problematizaba cada una de mis decisiones (tomarme los feriados y la licencias para rendir exámenes) y mis inventarios, revisaba en detalle los informes y me hacía quedar después de hora para analizarlos, junto a él.

Esa tarde, como si fuera un día más, dije hasta mañana. Pero cuando llegué a mi casa, llamé

por teléfono a la psiquiatra que me habían conseguido semanas antes y decidí clavar el puñal por la espalda: sesenta días de licencia por estrés con una acusación por acoso contra mi jefe.

No fue, acaso, la resolución más valiente, ni la más confrontativa, pero sí la más efectiva. Al cabo de dos meses volví a trabajar y después de una inquisitoria culposa por parte de los jerárquicos, varios de ellos, terminé mis labores con una angustia representada en un nudo en mi garganta. Ese lunes no fui a trabajar y a media mañana llegó el telegrama que me desvinculaba de la empresa.

Si algo puedo afirmar de esta prolongada experiencia en el mercado, es que aprendí qué es la resistencia. Esa lucha cotidiana que, como yo, cientos de trabajadores materializan día a día y que no busca un grandilocuente fin último y que, como dice Gelman, no se resuelve yéndose sino de aprender a resistir, y en eso está la búsqueda de una simple y cotidiana humanización del trabajo. □



► Angel Luis Gotor Arellano | “Lofalo” | 2^{da} Concurso Anual Internacional de artes plásticas « Crepúsculo »

La lucha de un pintor latinoamericano



Por Mercedes Lagarrigue

► El sueño de Atahualpa | Bronce 125x80x55 - 1984

Ponciano Cárdenas Canedo abrió las puertas de su taller en el barrio de Almagro, con la sencillez que caracteriza a los grandes maestros. Cárdenas es un hombre de una gran vocación por las artes. En su quehacer plástico se destaca como muralista, pintor, escultor, dibujante, grabador y ceramista pero, sobre todo, por su profundo compromiso con la identidad latinoamericana.



Ponciano
Cárdenas Canedo

PINTOR LATINOAMERICANO

La obra de Ponciano Cárdenas se encuentra cargada de significado, cada uno de los elementos plásticos que construyen sus composiciones responden a un símbolo. Dentro de ellos, podríamos citar a sus soles, toros, perros, halcones, la familia y los hijos. En todos los casos estos símbolos hacen referencia a la exteriorización de su identidad, su historia. Un punto a destacar es el tratamiento que recibe la figura de la mujer en relación a la maternidad, o mejor dicho a la fertilidad en referencia a la madre tierra, a la madre suya y a la madre de sus hijos. La mujer como símbolo lo inspira y emociona, así podemos observarlo en “El muro de los partos” de 1981.

Ponciano trabaja con una paleta baja, los matices varían en sus tonos hasta el empaste donde predominan los grises de color. En nuestra charla nos ha confesado que ha utilizado colores brillantes, de pomo, pero que a medida que la composición evoluciona involuntariamente se transforman en lo que él llama el acto de poner color en el dolor, en la tristeza americana.

En su obra podemos observar el gran compromiso que siente un pintor con sus orígenes. Ponciano pinta lo que siente, pinta su identidad. Su trabajo es materia y espíritu lleno de misterio.

-. *Usted nació en Cochabamba en 1927, ¿Cómo recuerda su niñez entre el dibujo y el modelado?*

PC. Desde muy chico mi juego favorito era el barro. Algo que era un problema para mi madre porque constantemente mi ropa estaba toda sucia. A lado de mi casa había un criadero de toros

de Lidia, a mis cinco o seis años ya me subía al muro que dividía para dibujarlos. En la escuela siempre me mandaban a dibujar las clases en el pizarrón. En Bolivia el sistema educativo es diferente. Los niños tienen al mismo docente hasta el 6° grado, es decir, que el maestro llega a conocer más a sus alumnos que sus propios

padres y es él quien aconseja sobre la vocación a seguir. Recuerdo el día, en que mi maestro citó a mi hermano mayor (mi padre murió cuando yo tenía 2 años) y le dijo: “Hágalo estudiar bellas artes”.

- *Es decir ¿Qué su vocación estaba latente desde niño?*

PC. Sí, cada ser nace para hacer algo. Y ya a los catorce años empecé a trabajar como ayudante del escultor Alejandro Guardia Valverde. Luego, seguí el consejo de mi maestro y realicé mis estudios en la Escuela de Bellas Artes de Cochabamba obteniendo el título de Profesor de Pintura.

La decisión que cambio su destino

- *Muchos de los artistas locales viajaron a Europa como parte de su formación artística. ¿Cómo fue el recorrido de un hombre del altiplano que desea concretar su viaje y que de repente decide quedarse en Buenos Aires?*

PC. Mi colega, Arturo Roque Meruvia se había formado en la prestigiosa Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, España. Él era quien me aconsejaba a viajar. Para aquellos tiempos, yo había finalizado el profesorado y el servicio militar, y tuve la suerte de que me encargaran mi primer trabajo mural en una iglesia. Con el dinero que gané, más el apoyo de mi madre y de mis hermanos, viajo a Buenos Aires con el fin de tomar el barco a Madrid. Alejandro Guardia Valverde me había aconsejado que en los días de estadía en Buenos Aires visite la Escuela Ernesto de la Cárcova. Él me había redactado una carta con el fin de presentarme ante el director. Cuando se la entregue a Alfredo Guido me miro y me dijo: “Hermano boliviano si decide estudiar, esta es su casa”. Realmente me impresionó muchísimo.

La Escuela de Bellas Artes Ernesto de la Cárcova

- *¿Cómo fue esa primera visita a la Escuela?*

PC: Me llevaron a conocer los talleres de escul-

tura. Allí, los muchachos modelaban esculturas de dos metros. El secretario me presentó ante la clase diciendo: “Ponciano Cárdenas un hermano boliviano”. En ese momento dos estudiantes (hoy reconocidos artistas) se acercaron: Antonio Pujía y Alberto Bruzzone.

Finalizo el recorrido, le agradezco al director, llego hasta la puerta...me detengo. Me doy la vuelta y vuelvo. Y le digo al secretario: “¿Qué tengo que hacer?”.

- *¿Decidió quedarse?*

PC. En ese mismo momento. Ingresé a estudiar primero como alumno invitado, luego por mis estudios previos en Cochabamba, fui alumno regular y becado cuatro años más. Había una razón muy importante que me atrapó. En ese momento varios de los artistas locales como Alfredo Guido, Centurión y Ferrari, entre otros, estaban buscando una identidad. La identidad americana. En Paralelo, Portinari en Brasil, Torres García en el Uruguay y Tucumán Rojas en Bolivia. Conocer toda esa búsqueda me impresionó. Pero, sobre todo, las palabras de Alfredo.

- *¿Regresó a Cochabamba en esos años?*

PC. Sí, periódicamente. Cada vez que terminaba los exámenes, regresaba con una idea cada vez más fuerte de lo que era ser latinoamericano.

El sentido latinoamericano

- *En sus construcciones plásticas se encuentra una gran personalidad en la que ya nadie puede confundirlo, ¿Qué se siente abordar la compleja temática latinoamericana?*

PC. Ser uno mismo, porque es la identidad la que uno debe imponer, y sostener. A mí siempre me interesó la pintura latinoamericana.

- *Su pintura es sumamente simbólica, cada elemento plástico tiene significado, cada representación su historia. La que nos toca como latinoamericanos esta cargada de colonización y barbarie, de color en el dolor.*



PC. En el arte un pintor elige los colores de acuerdo a sus sentimientos, en el caso de Latinoamérica muchos pintan con colores brillantes, porque pintan la superficie. A mí me interesa el contenido. Me han dicho que América está llena de color pero yo creo que América no es color sino dolor. Si uno viaja y observa realmente se da cuenta que hay sufrimiento, que hay una tremenda tristeza y eso es lo que trato de representar. Me interesa el contenido, lo que el pueblo siente. Eso me conmueve. Yo no puedo manejar al sentimiento, yo manejo la forma. Ahora yo puedo poner mucho color, pero luego se transforma en opaco. El arte no se maneja con la mente.

La sabiduría de su madre

- *Indudablemente este sentido y valoración del origen, educación y cultura se lo han infundado desde niño. Cuántas enseñanzas le ha dejado su madre.*

PC. Mi madre me ha inculcado todo. Ella no tenía mucha formación, pero sí una gran cultura. Era una mujer de una gran intuición, muy sabia. Desde chico me ha incentivado y apoyado en cada decisión. Recuerdo cuando a mis 13 años, le pedí que me comprara una bolsa de barro, ella me compro un camión. Años después me sirvió para hacer el monumento Sureña y el Cristo que esta en Cochabamba. Un día me dijo: “Vos nunca vas a ganar plata, pero vas hacer un hombre respetado”. Muchas de mis obras están inspiradas en ella. En mi último mural “Los curanderos”, ubicado en el hospital de Avellaneda, hago referencia a ella, a su oficio. El mural sintetiza la historia de la medicina desde el curanderismo hasta la ciencia.

Su amor por Mariana

- *Siempre que habla de Mariana, su señora, lo hace con muchísima admiración. ¿Cómo la conoció?*

PC. En el año 1954. Un día llego a la escuela (ya estaba en el cuarto año) y veo que en el comedor almorzaban mis compañeros y con ellos una chica, Mariana Martínez, ahí empezó todo. Yo no

pensaba casarme porque era un gran compromiso y yo estaba muy comprometido con el arte.

Recuerdo el día en que pedí la mano a mi suegro. Le digo Antonio, quiero hablarle, quiero casarme con su hija. A lo que me respondió con muy buenas intenciones: “¿Con que la va a mantener?”, le contesté: con estas dos manos (hace el gesto).

Entonces me fui a Bolivia comprometido. Allá trabajé, me pude comprar un traje y traer regalos. Un año más tarde nos casamos, acá en Buenos Aires. Yo tenía que terminar unos trabajos en “El Teatro Tihuanacota/ Teatro Achá entonces regresamos a Bolivia.

Buenos Aires / Cochabamba, entre amor y trabajo

- *Cuénteme sobre el teatro ¿Qué ocurrió con los mascarones?*

PC. El alcalde me manda a llamar. Él quería que restaure los mascarones porque estaban muy deteriorados, en ellos aparecían personalidades como Mozart y Beethoven. En esa época, yo era muy joven y estaba muy seguro de muchas cosas. Entonces, le sugerí que no los restaure sino que los modifique exhibiendo a escritores y artistas nacionales. Personalidades cochabambinas como Teofilo Vargas, Nataniel Aguirre, entre otros. Al día siguiente salió en el diario que era un reaccionario. En ese momento era profesor en la escuela y me costó el cargo. Los estudiantes me defendieron y me devolvieron el puesto. Terminé los exámenes en septiembre para no jorobar a los alumnos que me habían protegido y nos volvimos a Buenos Aires después del nacimiento de mi primer hija.

Su perspectiva política

- *Usted nos ha dicho que es un convencido de que en la vida hay que tomar grandes decisiones, nada de medias tintas. Su ser latinoamericano se refleja en su obra y su ideología política?*

PC. Mi posición política fue natural, soy un hombre de izquierda. El arte siempre me fue

direccionando la identidad. El problema es lo que uno trae dentro. Recuerdo cuando desde la Embajada de Bolivia en Argentina me convocaron a realizar una muestra en homenaje al 6 de agosto, Día de Independencia de Bolivia y bajo la presidencia de Hugo Banzer Suárez (gobierno de facto). Mi respuesta fue de un modo muy democrático, les contesté: “Yo no tengo obra para hacer la nuestra”, al día siguiente me llama directamente el Embajador: “¿Cárdenas no es posible que usted no tenga obra para hacer lo muestra?”, a lo que le respondí: “Yo no voy a exponer a beneficio de un genocida que mató amigos míos poetas y artistas”. Eso me costó no poder ir a Bolivia durante casi 10 años.

Su trabajo docente y el reconocimiento plástico en el ámbito local

-. *En el año 1958 la escuela Ernesto de la Cárcova lo convoca para ser docente. ¿Cómo fueron esos años de lucha y reconocimiento en el ámbito artístico local y con sus contemporáneos?*

PC. Ser profesor fue el mejor premio que tuve en mi vida. Como docente trabajé de 1958 a 1994. La escuela fue testigo de muchos cambios y entre 1988-1989 me eligieron vicerrector, estábamos reorganizando la institución. Pero al acceder a la Presidencia Carlos Saúl Menem, la escuela fue intervenida y cambiaron a los directivos. Ellos querían desvincularme. Empezaron a observar mis legajos, no encontraron nada, entonces me jubilaron por decreto. Cuando ocurrió, pasó lo mismo que en Bolivia, los alumnos paralizaron la escuela. Una semana más tarde destituyeron a los nuevos directivos y me repusieron el cargo mediante un contrato, ya no era lo mismo, igualmente ejercí dos años más.

En relación al ámbito local, en Buenos Aires no se los miraba bien a los del norte. Creo que boliviano era yo y alguno que otro más. El porteño era muy cerrado. Tenía que pelear. Me costó mucho, en grandes salones donde ya me habían elegido los iban postergando. Una vez recuerdo que llamaron a una galerista preguntando si mi origen era argentino o boliviano. A lo que le contesté: “los que están contigo, trabajan con migo

en la escuela de Bellas Artes y ellos saben muy bien que para ser docente hay que estar naturalizado. Yo soy argentino como cualquier otro”. Ya no puede ingresar en el circuito. Igualmente no me afectó porque mi obra fue considerada muy importante.

Su paso por una de las galerías más destacadas

-. *La mítica galería Wildenstein, fundada en París hace ciento treinta años y con sedes en Nueva York, Tokio y París, tuvo su momento en Buenos Aires. ¿Cómo fue su relación con la galería?*

PC. En septiembre de 1966 realicé mi primera exposición en Galería Plástica (Buenos Aires), se vendió casi toda la muestra. Los responsables de la galería Wildenstein visitaron la exposición y deciden conocer mi taller. En la visita, Wildenstein me pidió llevarse dos obras y tres días más tarde me citaron para efectuar el pago y firmar un contrato. Fue un gran reconocimiento saber que me habían seleccionado los artistas de la galería entre los cuales estaban Raúl Soldí, Juan Carlos Castagnino y Horacio Butler, entre otros. Con la asunción a la presidencia de Carlos Menem la galería decide cerrar y, con ello, se produjo la disolución de todos los contratos.

Su opinión sobre las instituciones educativas

-. *¿Cómo ve hoy las instituciones educativas artísticas?*

PC. A la Escuela Ernesto de la Cárcova la arruinaron, las reproducciones de las grandes obras maestras del arte con las cuales estudiábamos pasaron a ser parte de un Museo de Calcos. Y en el Instituto Universitario Nacional del Arte no se encuentran profesores capacitados para formar gente. Y los profesores que realmente podría haber hecho algo están en la cómoda, tienen 40 horas cátedras y va una vez cada tanto a ver como los ayudantes dan la clase. Esta es una denuncia muy grave, acá el responsable es el estado y toda esta gente que no tiene capacidad para enseñar.



- *¿Qué consejo les daría a los estudiantes?*

PC. El único consejo que le doy a todos los estudiantes es que: “Aprendan el oficio”. Porque lo primero que hay que saber es el ABC de la práctica, lo demás es sentimiento.

Cárdenas ha recibido destacados premios y ha realizado exposiciones tanto en nuestro país como en el exterior. A sus 84 años sigue produciendo obra cargada de identidad, dramatismo y dolor. Él nos relata con gran sencillez la lucha de un hombre del altiplano que ha tomado grandes decisiones. Ponciano trabaja incansablemente defendiendo a sus orígenes, su historia, su vida. Él considera que “América” es el centro cultural del mundo y a través su obra nos expresa su sentido. □



Tinta y Papel, en lucha contra estereotipos

Por Javier Vogel

Periodista. Colabora con el diario *La Voz del Interior*, de Córdoba y co-conduce el programa *Viaje de Ida a la Medianoche* en AM 1190, Radio América

La lucha se manifiesta de diferentes maneras, con diferentes contendientes —otros, uno mismo— en diferentes espacios, en diferentes soportes, con diferentes intenciones y fines. Pero para muchos, aunque no se perciba así, es cotidiana. Esta nota tiene que ver un poco sobre todo esto.

Trata de la disputa desigual entre un medio de comunicación, generador de opiniones y verdades construidas, y una carta manuscrita, humilde, única, que alcanzó para dar cuenta de otra verdad.

Un medio que se reproduce por centenares de miles, y una carta que, dirigida, supo llegar y en cierta medida trascender. Una lucha que no habla de ganadores, de vencedores... una lucha que da cuenta de sí misma, como una instancia permanente.

La nota llegó a los puestos de diarios antes de que saliera el sol.

En los bares de La Matanza, clientes y mozos intercambiaban pareceres acerca de esas historias sórdidas que se relataban en el artículo de dos páginas en uno de los más importantes diarios de nuestro país.

“Barrios donde manda el paco y las zapatillas son objeto de deseo” era un título que llamaba la atención por el propio peso de las palabras, pero que en esa lectura amplificaba su poder atemorizante por una cuestión de cercanía. Puerta de Hierro, el asentamiento en cuestión, forma parte del mismo mapa matancero, En Isidro Casanova, entre la Avenida Crovara, las vías del Ferrocarril Belgrano y la calle Rucci.

Lo que seguía al título era una supuesta descripción de la vida de Juan y Matías, dos personajes del escenario local que, hartos de la falta de posibilidades, habían elegido vender paco para acceder a los que el periodista describía como el

tesoro máspreciado del lugar: las zapatillas Adidas de 700 pesos o las Nike con resortes de 800. Para completar la descripción de un entorno que no deja alternativas, el escriba echó mano a una frase que situó en Fuerte Apache, el nombre despectivo con el que los medios de comunicación renombraron al complejo de edificios que conforman el Barrio Ejército de los Andes, en el partido de 3 de Febrero. “Llegó un punto que me di cuenta que trabajar legal no sirve”, recordaba haber escuchado el firmante de la crónica.

Tres días después de la publicación de la nota, la Presidenta de la Nación llegó a Ciudad Evita, en La Matanza, para inaugurar un hospital de niños. Allí fueron a apoyarla, a mirarla, a estar muchos vecinos de Puerta de Hierro.

Entre ellos Rubén Darío Virgilio, a quien en el barrio todos llaman Pipeta.

Con un nombre que rebalsa poesía, con 22 años vividos con una intensidad que no genera envidia, con una compañera y con dos hijos, Pipeta se las ingenió para que la carta que había escrito, en aquellos días que mediaron entre la nota de diario y el acto de inauguración, llegara a manos de los colaboradores de la presidenta. Con el tiempo, y por esas vueltas de la vida y vuelos de los papeles, una copia de la misma llegó hasta mí.

“Juan y Matías eran dos nadies. Las chicas no los miraban, los pibes grandes no los saludaban, los de su edad no los nombraban. Juan y Matías no tenían dinero para ir un viernes a Jesse James, sacar a bailar a una chica y después invitarla a tomar un champagne barato. No tenían dinero, no tenían zapatillas”, había escrito el cronista. Fue el mismo cronista que más adelante, en el texto de su nota, escribiera *“Un día Juan le dijo a Matías, o Matías le dijo a Juan, es lo mismo...”*, negándoles así, con la simpleza de

esa frase, su particularidad, su individualidad, su personalidad.

Eduardo Galeano también describió a Los Nadies en *El libro de los abrazos*. Esos que “no son, aunque sean. (...) Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local. Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata”.

Galeano y el cronista hablaban de Los Nadies. Cada uno de ellos dejó por escrito su visión. Pero tanto por fondo como por forma, el hombre que jugaba al sociólogo desde las páginas del diario más vendido del país, por impericia o por decisión ideológica estaba muy lejos del punto desde el que fijaba la mirada el poeta uruguayo.

Y Pipeta está lejos de ser un nadie. Nunca lo fue y cada día la pelea un poco más para correrse del lugar anónimo y numérico, estadístico, que ocupan los

pibes de la esquina. Por eso se describió en la carta ya citada *“Soy Rubén Darío Virgilio del Barrio Puerta de Hierro, tengo 23 años. Mis amigos me llaman Pipeta y quiero contarle en pocas palabras lo que soy hoy”*, propuso. En su relato habla de su nueva militancia, de su trabajo en una cooperativa y de cómo esta *“me ayudó a salir de la adicción al paco porque me mantiene ocupado y conocí a muchas personas, son mis compañeros”*.

Lejos de ser una catarata de loas a la realidad, la carta de Virgilio describió con la crudeza de quien transita esos pasillos cada día una barriada pobre en la que *“todavía hay chicos consumiendo en las esquinas, no tenemos gas y cloacas, tenemos zanjas en los pasillos y cuando llueve se inundan las casas”*.

La mirada de los otros

La lucha contra los prejuicios no da tregua. Tal vez por eso Rubén, debajo del camperón deportivo y la gorrita Adidas, dudó y planteó una cier-

ta incomodidad al entrar a ese bar del centro de San Justo donde los tapizados rojos, las paredes blancas y las maderas oscuras de las mesas y las sillas eran menos intimidantes que las miradas de los parroquianos que lo escrutaron con desconfianza.

Pero entró, y fue allí donde nos encontramos.

Frente a las miradas o las palabras, algunas veces pronunciadas y otras impresas en letra de molde, la lucha no da tregua.

Rubén bucea en la frustración que sintieron los más cercanos cuando leyeron juntos la nota del diario. “Esa no es la realidad que vivimos. Nosotros tratamos de mejorar el barrio todo el tiempo y leer esa nota nos mató”, se lamentó mientras esperaba el jugo de naranja.

La carta que escribí fue parte de esa lucha.

En ese papel volcó cosas que tenía muy guardadas y tenía que largar. En esas líneas

plasmó la necesidad de contar que todavía quedan muchos como él, que siguen perdidos y que necesitan ayuda para salir adelante. Pero que nada es definitivo, nada es estático como busca configurarlo la mirada de algunos. Nada es quietud ni conformismo, ni mero consumo de zapatillas.

“El barrio es una lucha constante pero somos muchos los que empujamos para salir adelante. Si está el apoyo de la familia y la voluntad se puede salir”. Rubén la peleó, pero no solo. La militancia al principio no le había interesado, pero un amigo insistió en buscarlo e invitarlo a participar. “Me fue gustando —cuenta— estar en reuniones con gente más grande, hablando y opinando de política. Fui entendiendo muchas cosas, me sentí acompañado y me fui alejando de la droga. Antes no le daba cabida a la política. Es más, hace 4 años atrás ni siquiera fui a votar, porque estaba atrapado. Ahora opino y entiendo la política”.

“Juan y Matías eran dos nadies. Las chicas no los miraban, los pibes grandes no los saludaban, los de su edad no los nombraban (...)”,
“había escrito el cronista.”

Y si alguno creía que pasar el día en la esquina, simplemente transcurriendo las horas junto a los pibes era fácil, la charla con Pipeta aporta indicios para poner en duda tales las zonceras. “Es muy duro estar atrapado ahí”, dice sin especulaciones el hombre joven que empezó a consumir a los 16, dos años antes de ser papá de Yeila.

Estaba tan perdido que se perdió momentos irrepetibles como los primeros pasos de la nena. “En el segundo embarazo de mi señora empecé a enderezarme un poco y pude ver caminar a mi hijo. Fue muy importante para mí”.

“Vivimos tres generaciones bajo un mismo techo, estoy seguro que usted ya lo sabe. Tengo dos hijos, se llaman Yeila (5 años) y Elian (2 años), ambos cobran la Asignación Universal”.

Pipeta vivió con su mamá hasta los 9 años. Luego se fue a vivir con un tío, después con una tía y más tarde con su madrina —a quien reconoce como su segunda mamá—.

“A mi viejo no lo conocí y mi mamá murió de VIH cuando tenía 12 años. Me mató estar solo”, describe. “yo volví después al barrio y por seguir a los amigos quedé atrapado. El paco es la peor droga porque destruye todo. Ahora si tengo 20 pesos los uso para darles algo a mis hijos, no para fumármelos”.

En la carta a la Presidenta contó que *“Entre los sueños que tengo, me gustaría que mis hijos tengan su propia casa, poder tener un trabajo y una vivienda digna, ayudaría a los chicos y a las familias que se encuentran hoy en día en la misma situación que yo”.*

“No quiero imaginarme en medio de la villa. Quiero que mis hijos crezcan en otro lado, no en los pasillos. Pienso —sueña— que mi hijo puede ser futbolista y mi hija bailarina o peluquera. A mí no me llevaban a jugar a la pelota. Me gusta jugar arriba, un poco la muevo. No me gusta mirar, me gusta jugar”, relató en el bar de los colores intensos. Otro de los sueños lo había citado en la carta *“El año que viene voy a estudiar para terminar la secundaria”.*

En el diálogo hay dos palabras que se repiten. Atrapado y Lucha. La primera es parte de un pasado que quiere dejar atrás para siempre. La segunda es el presente. “¿Qué es la lucha? Sobrevivir con lo que hay, pero también unirnos porque queremos cambiar. Nos conocíamos todos pero a partir del programa nos empezamos

a conocer más. Hay relación, charlamos, nos conocemos y proponemos ideas para mejorar las cosas en el barrio. Algunos nos vieron trabajando y nos ofrecieron una casita abandonada para hacer una copa de leche u para tener un lugar en el que algunos puedan dar apoyo escolar. Me ven a mí que andaba mal y me parece que se entusiasman”.

Aunque suene absurdo aclararlo, en Puerta de Hierro todos tienen nombre, igual que en Villa Urquiza, Villa Inflamable, o Villa María. En esos pasillos que albergan a alrededor de nueve mil personas, Rubén Darío Virgilio no está solo. Además de sus hijos y de Mariana, la compañera que lo bancó en las malas y que ahora lo tienen “cortito”, hay varios que trabajan para que no haya más pibes “atrapados”. “El nuestro es un barrio chiquito, nos conocemos todos. Acá hay que respetarse y la mitad que está mejor tiene que ayudar a la mitad que todavía está mal”. Esa es, en gran parte, la lucha que comparten Pipeta y sus compañeros de Puerta de Hierro. □

31

PE

3-H

PALABRA ELEGIDA

US TOV OZUAL HICAN
 SOICAPSE SOTOMER Y ON ODUV
 REDMOR LE SATSIRK LED OLVHELIS
 SOYUS MORENF LE OICAV, AL HICFKA
 LE RADNA MIS RANED ALLENH, LE RADAC
 OJAB AL ZUL ED SOL SAID MIS ONTSED OICERE
 US AITSUGNA RUP ALLETSSE ETUABAB ME UN
 ODVUM OLVASHACHI, OIICED ON ARAPSE
 ALISGELE, ORIRUCSED AL REDARRETA
 AIGMA ED AL ANLAC, ARBAMF ABELE

PALABRA ELEGIDA

ECOS DEL REALISMO SOCIAL

0-X

X-0

2.3.2010

TAROS ONSHNET TRD 1008



De luchas, de sangre, de coreografías, de saber, del bien y del mal

Por Sabrina Perotti

*“Pobre patrón, no quería creer. Con qué bronca me levanté.
Ni sentía las piernas, me lo quería comer ahí nomás.
Mala suerte, pibe. Todo el mundo cobra al final.”*

Extracto de “Torito”, Julio Cortázar.

Existe, dentro de la multiplicidad de existencias posibles para ella, un tipo de lucha que es el primero que se topó conmigo al momento de sentarme a escribir.

Es la lucha más carnal por así decirlo, es aquella que tiene al cuerpo como arma, como centro. Es el combate, la pelea, la riña, la lucha cuerpo a cuerpo. Es la que deja marcas, moretones, heridas, sangre, y por qué no algún que otro orgullo en alto, y otro por el piso.

En este terreno, la lucha suele presentarse como el encontronazo de la manera más cruda de dos o más individuos, que desde el mismo momento en que la inician buscan ponerle fin. Cierto es que esta ha de acabar cuando el otro termine abatido, acabado; de lo contrario, la lucha seguirá en pie.

El réferi contará hasta 8 para darle tiempo al contrincante a que se pare, se reincorpore, esté listo y, finalmente, retome la lucha. Las buenas peleas, dicen, “son las que duran”.

Pero sería ingenuo pensar que sólo ellos dos están ahí sacudiéndose manotazos, chocando sudores, empujándose con los hombros, con las miradas, con el alma. Cada uno de los contendientes sabrá por qué está sobre el ring. Cuando los golpes son de verdad, y el otro te sale a matar difícilmente se pueda hablar de un hobby.

Será el hambre, será la falta de oportunidades, será que habrá unas bocas para alimentar, será

que se agotaron las otras salidas o que nunca existieron, será que no queda otra que subir, dar y recibir.

Pero no están solos, hay otros que están ahí. No hablo de entrenadores ni de ayudantes. Hablo de los que miran, observan, disfrutan. De aquellos que son capaces de pagar para ver cómo realmente uno le destroza la cara a otro. De cómo realmente lo golpea hasta que termina desmayado en el suelo.

Sí, son los que disfrutan de ver el desarrollo de una lucha cuerpo a cuerpo, con un uppercut o un Croos disparados con fuerza y certeza. Son los que con su presencia, con su pasión? con su emoción? Legitiman el combate.

Son, quizás, los que fuera del lugar donde se desarrolla la pelea, tal vez en el living de su casa, frente al noticiero del televisor dirán “por favor, que sociedad violenta la nuestra...”.

Paseos por la lucha escrita...

Pensar la lucha me llevó también a recorrer historias, a recordar lecturas. Disparadores.

Allá por 1838, bajo el gobierno de Juan Manuel de Rosas, Esteban Echeverría escribía su obra que daba origen al realismo y al género narrativo en la literatura argentina: “El Matadero”. Gran adversario de Rosas, Echeverría cuenta con tintes crueles, grandes marcas de violencia; y, con



expresiones populares (que no eran comunes en la literatura de la época), el clima polarizado y de violencia que se desarrollaba en nuestro país frente a una crisis que se desata por la falta de carne.

El matadero fue el lugar elegido por el autor para retratar la barbarie de la multitud (que metafóricamente se la podía asociar con el bastión federal) en su lucha contra la “civilización” representada por un joven unitario, de buena presencia y con amplio vocabulario. Este personaje, en la escena final, es torturado y asesinado por los carniceros y jinetes del matadero liderados por Matasiete, el más eficiente degollador de ganado.

El autor durante todo el escrito expresa su oposición frente al régimen rosista (con variadas alusiones) y remarca la violencia con la que, según su visión, se desarrollaba el gobierno de la época.

La lucha, tal como es descripta, de unos contra otros es **encarnizada y brutal**. Sin embargo, para muchos era **necesaria si se quería mantener el orden y el control** del territorio. He aquí una idea de lo social, de lo colectivo.

Otra de estas marcas de lucha encontrada entre mis lecturas, tiene como protagonista a “Torito” de Julio Cortázar, Publicada en 1956, junto a otros 17 cuentos que componían “Final del Juego”, tiene como protagonista al boxeador argentino Justo Suárez, quien (a través del trazo de Cortázar) relata en primera persona algunos momentos de éxito y fracaso de su carrera.

El autor de Bestiario y Rayuela, entre otros, eran un gran admirador del boxeo y promulgaba la fascinación que le producía el hombre que iba para adelante, con fuerza y coraje (como Torito). Él mismo dice, en una entrevista, que se sentó una tarde y que en dos horas escribió el cuento porque tenía datos precisos de la carrera de Suárez ya que no se ha-

bía perdido pelea alguna. He aquí la apropiación de la lucha de otro, desde lo individual.

¿Podríamos acaso levantar nuestro dedo y acusar a Esteban Echeverría de incitar a la violencia o a Cortázar de ser una persona violenta? ¿O quizás sean ejemplos –salvando las distancias temporales, coyunturales- de que existe una violencia que se canaliza en la lucha y que es propiamente humana?

Evolución

En “2001 Odisea del Espacio”, Stanley Kubrick realizó una excelente muestra de la evolución del hombre. A poco de iniciada la película se puede observar cómo un primate toma un hueso y descubre su utilidad como herramienta y como arma. Gracias a él, a su empleo, su clan logra recuperar la fuente de agua que habían perdido ante otro grupo; gracias a él comienzan a alimentarse con la carne de los animales que hasta el momento compartían el espacio y la comida

Es el mismo hueso que al ser arrojado hacia arriba se ha de transformar en un satélite que gira en torno a la tierra.

Sí, indudablemente hemos evolucionado.

Ya no arrojamos a nuestros hijos recién nacidos

desde un acantilado si vemos que no han de ser aptos para la lucha. Ni acudimos a la arena a ver cómo esclavos luchan por su vida y por su libertad, a verlos morir mutilados a golpes de espadas, de lanzazos.

Las reglas han cambiado. Y nosotros hemos cambiado. No es necesaria la muerte del perdedor, basta con desmayarlo. En todo caso podríamos decir que

nuestra necesidad de violencia se ve satisfecha de otras maneras.

De los combates reales hemos pasado en muchos casos a las representaciones de los combates. El hueso se transformó en un satélite, y el satélite alimenta al televisor y en él se representa el combate construido primordial, el del bien contra el mal...

“Recuerdo ver a mi padre emocionado. Rocky Balboa, (...) había acabado con ese boxeador que representaba todo lo frío, lo maquinal, lo inhumano”

La lucha televisada...

La puntada que arrojaba Spartacus –en realidad Kirk Douglas dirigido por Kubrick- con su espada, en un “Sábado de Súper Acción”, no estaba acompañada por una muestra cabal del daño que causaba, de la carne que se habría, de la sangre que brotaba...el otro moría automáticamente, casi podríamos decir sin dolor...Entonces, la muerte era simple.

Dentro de la evolución, en el mismo ciclo televisivo, los Comanches que atacaban caravanas, o los matones ruines financiados por el banquero del pueblo, eran ajusticiados por el héroe del western. Algo así pasaba con los alemanes malvados que eran muertos por los “americanos”. Entonces, la justicia era simple.

Pero más allá de las formas elegidas para mostrarlos, de la época donde situarlos, o de los soportes de los que se sirviera uno para representarlos, allí lo que estaban presente de manera clara y tangible eran los buenos y los malos.

Ahí era donde uno podía gritar a “luchar por la paz”.

Entonces nos pasábamos horas viendo desfilar soldados, Panzers, Legiones, jinetes, hacia el sol del atardecer. Sin cuestionarlos, sin pensar que la guerra podía ser real. En ese momento, para estos ojos míos, era un espectáculo que luego sería juego en la vereda. Porque se trataba de luchas libradas por verdaderos caballeros, que actuaban noblemente, y que si se luchaba sucio, eso era algo que le correspondía al malo.

La Inocencia

Pero, si yo digo “lucha” y digo “televisión” ¿a qué les suena? Obvio, lógico... a ¡Titanes en el Ring! Las primeras peleas de catch no eran televisadas, sino realizadas en gimnasios o teatros. Recién en el año 1954 comenzaron las transmisiones. Sin embargo, el espectáculo específico de “Titanes en el Ring” tuvo su primera aparición durante 1962 y 10 años más tarde su éxito ya era rotundo.

La Momia, el Caballero Rojo, Karadagián, el maldito William Boo, Pepino el payaso y el Ancho Peucelle, entre otros personajes, luchaban

semana tras semana haciendo enloquecer a los espectadores. Los luchadores eran abucheados o vitoreados por sus seguidores al momento de ingresar, ni que hablar de si llegaba a ganar el malo. Algo, que sólo era posible mediante un golpe a traición, o por la acción de un árbitro despreciable.

El programa era de entretenimiento familiar, o por lo menos, ése era el objetivo. Un espectáculo sano y que, además, enaltecía los valores del coraje, la valentía, la amistad y el compañerismo.

¿Pero qué hay de cierto con todo esto? Indudablemente los adultos sabían (eran conscientes) que las peleas estaban coreográficamente armadas, diseñadas y con reuniones de producción previas y posteriores. Pero nosotros nos la creíamos, incluso en nuestros juegos era impensable que no pudiera ganar otro que no fuera el héroe.

Aunque, el relator Rodolfo Di Sarli se empeñaba en repetir “chicos, no hagan esto en sus casas”. Todos hemos intentado imitar esos golpes, que los adultos sabían que no llegaban a destino, al cuerpo de los protagonistas en la pantalla.

**Los adultos sabían que eran luchas falsas
Los adultos sabían.**

Recuerdo ver a mi padre emocionado. Rocky Balboa, ese ídolo americano al que la sociedad norteamericana le dio una oportunidad de cambiar su vida y que él no desaprovechó, había acabado con ese boxeador que representaba todo lo frío, lo maquinal, lo inhumano que venía a ser el comunismo ruso de aquellos años. En este recuerdo se conjugan los puntos anteriores, el boxeo, el cine, la lucha coreografiada. En este recuerdo me doy cuenta de que los **adultos muchas veces no sabían** que se trataba de luchas falsas.

En el terreno de la lucha, por ahí debo confesar en que me quedo con las de antes, cuando era más fácil para mí saber de qué lado debía estar. O se era bueno, o se era malo. Era simple distinguirlos.

Ahora con mis casi 30 a cuestas, a medida que me hago más adulta, cada vez cuesta más..., y hay veces en que temo no poder descubrir cuáles son las luchas que merecen la pena, aquellas dignas de ser peleadas. □



Concursos, Premios, Ceremonias y Encuentros

En estos últimos tiempos, quienes formamos parte de Tres Pinos, la hemos pasado de parabienes y agitados.

En estos últimos tiempos, quienes formamos parte de Tres Pinos, la hemos pasado de parabienes y agitados.

Lo primero tiene que ver con que nos hemos dado el gusto de hojear, mirar, disfrutar de más de 520 obras provenientes de distintas partes de nuestro país y del exterior.

Lo segundo obedece a que hemos realizado dos Ceremonias de premiación que contaron con una alta participación de público, y con todo lo que está asociado a ellas. Invitaciones, reuniones con el jurado, certificados, ponencias, enmarcar algunas obras, preparar otras para subirlas a nuestras webs.

Pero... Vamos por partes...

III Concurso Internacional de Artes Plásticas Crepúsculo

El jueves 27 de octubre, en la Sala Alberto Williams, del Centro Cultural Borges (C.A.B.A) nos

encontramos los organizadores, los miembros del jurado y un gran número de participantes, en la ceremonia de premiación de nuestro III Concurso de Plástica.

Este tipo de iniciativas las complementamos con otras, como la generación de espacios de difusión de las obras a través de sitios web como www.todoslosartistas.org que administrado por Tres Pinos, cuenta ya en su archivo con la referencia a más de 400 artistas plásticos.

Otras de las acciones que desarrolla Tres Pinos tienen que ver con el apoyo y acompañamiento a jóvenes figuras del arte. Tal es el caso de Gala Berger, quien con el auspicio de esta Fundación, se encuentra participando de la Bienal de Arte de Venecia, o el caso de jóvenes artistas, quienes también con el auspicio de Tres Pinos han podido presentar sus obras en el Centro Cultural Borges.

De esta edición del Concurso participaron más de 120 obras. Las mismas provienen mayoritariamente de nuestro país, pero también hemos

recibido obras de Venezuela, Colombia, Uruguay, Venezuela, España, y Portugal

De Argentina, además de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, han participado artistas de las provincias de Chubut, Mendoza, Río Negro, San Luis, Santa Fe, Tucumán y Buenos Aires.

Esta amplia distribución geográfica de los orígenes de las obras nos gratifica. Porque da cuenta de que estamos legando a distintos lugares con nuestra propuesta, y de que hay muchas personas que mantienen vivo su entusiasmo por crear y por participar.

Los participantes enviaron obras encuadradas dentro de cuatro categorías **La Verdad, La Ira, La Paz y Discriminación e Incriminación**. Estos cuatro ejes temáticos son los que abordará Crepúsculo en sus próximas ediciones.

El jurado estuvo integrado por el curador italiano de arte contemporáneo y organizador de eventos culturales Massimo Scaringella, el Artista Plástico Sergio Bazán y la Diseñadora en Comunicación Visual María Fernanda Zurita.

Ellos tres tuvieron a su cargo la elección de los primeros premios, que correspondieron a:

- **La Ira** Nedy Luis Sei Fong Pintado “La Ira” - Montevideo - Uruguay
- **La Verdad** Cristian Alejandro Saulo Palles “Secretos” – C.A.B.A.
- **La Paz** Luisina Russo “Encerremos la violencia” - La Plata – Bs. As.
- **Discriminación e Incriminación** José Rafael Brando Martínez “No a la discriminación e incriminación” – Maracay - Venezuela

Menciones de Honor para **Regina Romano** por “El Juicio” y por “Todos Flotan” -C.A.B.A. / **José Rafael Brando Martínez** por “¿La Verdad?” y por “El fin por la ira” – Maracay – Venezuela / **Diego Ponce** por “Ruptura de los esquemas estéticos y discriminación cultural” y por “Superficialidad de la Paz y la fragmentación” – Isidro Casanova – Pcia. Bs. As / **Juan Ignacio Mernies** “Flotando en el espacio funcional” y por “La fabulación de la hipocresía “ - Chascomús – Provincia de Buenos Aires / **Daniela Paola San José** por “En tu Eje “ - Remedios de

Escalada – Pcia. Bs. As. / **Eduardo Luna** por “Cabecita Negra Amigo “ y por “Es verdad “ - Provincia de Tucumán / **Cesariano Manuel de Sousa Martins** por “La Paz “ - Algarve – Portugal

VI Concurso Anual Internacional de Relatos Crepúsculo.

Otro jueves, dos semanas después. Mismo lugar. Mismo horario. Otro concurso.

Así es, el 10 de noviembre nos encontramos para dar a conocer a los ganadores de nuestro concurso de Relatos, que llevamos 6 años hace ya implementando.

En el 2010 recibimos cerca de 300 obras, de ellas el 20% provenían de otros países.

Este año hemos recibido un 33% más. Resultaron ser 402. De las cuales sólo el 10% provino del exterior. Es decir más obras, y sobre todo una mayor participación de nuestros autores.

Veamos: 2011 Argentina 351 obras / en el 2010 fueron 230

A estas debemos sumarle 10 provenientes de España (el año pasado fueron 24)

y obras provenientes de Canadá, Chile, Cuba, Ecuador, EE UU, El Salvador, Inglaterra, México, Paraguay, Suiza, Uruguay y Venezuela.

Para graficar lo que hemos experimentado, vendría a ser algo así como si durante los últimos dos meses el cartero le dejara a Ud. unos 10 sobres diarios con relatos.

De nuestro país, más allá de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y de la Pcia de Buenos Aires, nos han llegado obras provenientes de Chaco, Chubut, Córdoba, Corrientes, Entre Ríos, La Pampa, La Rioja, Mendoza, Misiones, Neuquén, Río Negro, Salta, San Juan, San Luis, Santa Fe y Tierra del Fuego

Como decimos siempre, esta convocatoria, nos alienta y compromete.

Nos alienta porque somos una institución joven y esta respuesta nos gratifica. Nos compromete porque nos impulsa seguir creciendo y mejorando en nuestro trabajo.

Y, vamos...por qué no decirlo...tener más de 400 participantes, nos agranda un poco.

CONCURSOS

Premios, Ceremonias y Encuentros

El jurado?

El Sampedrino **Jorge Luis Sagrera** escritor, docente y Licenciado en Comunicación Social (U.N.R.), **Gabriel Bellomo**, quien además de ser un prolífico escritor es abogado, docente y Asesor en la Administración Pública y nuestro querido y prestigioso **Vicente Battista**, autor de numerosos cuentos y novelas.

Los Premiados?

• **1er Premio: Rubén Oscar Leva** (seudónimo Galileo)- Obra: “La Piel del Invierno” - Rosario, Provincia. de Santa Fe.

• **2do Premio: Horacio Convertini** (seudónimo Fender) - Obra: “La Propina” - C.A.B.A.

• **3er Premio: Pablo Pedroso** (seudónimo Puercoespín) - Obra: “Cacería” – Florida – Provincia de Buenos Aires.

También recibieron menciones de honor **Germán Bartizzaghi** – “La Pizarra” - Pilar – Provincia de Santa Fe. / **Humberto A. Morel** – “Chicos” – C.A.B.A. / **Héctor Daniel Torres Haro** “Sexto Piso” – Quito – Ecuador / **Miguel Sardegna** “Carta al Jefe” – C.A.B.A. / **Martín Andrés Haín** – “Cañerías” - C.A.B.A. / **Emiliano Andrés Capiello** – “Soledad”- La Plata – Provincia de Buenos Aires / **Raúl Alberto Marcos** – “La Rata” - C.A.B.A. □

Para finalizar, tres cositas más.

• Quienes deseen apreciar las obras ganadoras o leer los relatos premiados, pueden hacerlo visitando nuestros sitios web

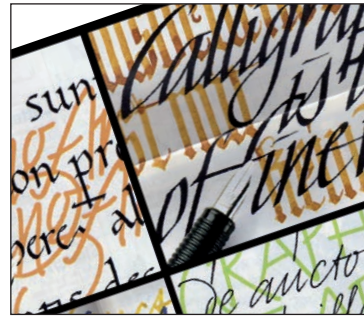
www.revistacrepusculo.org

www.fundaciontrespinos.org

• Un profundo y gran agradecimiento al Centro Cultural Borges, por su colaboración.

• Y queremos que sepan que ya estamos trabajando en los próximos concursos. Porque de cada una de estas experiencias que venimos realizando hemos aprendido algo, así que seguramente se vienen algunos cambios y modificaciones, pero con el entusiasmo y el empeño de siempre.

Premios



Ceremonias

A propósito de **la lucha**

Por Gabriel M. Vidart



Reflexiones sobre la lucha

Lucha, contienda, combate, disputa.

La lucha hace referencia implícita al movimiento, al cambio y a la transformación. Es aplicable tanto al plano físico como al mundo de las ideas.

Supone la existencia de opuestos y el conflicto entre los mismos. La imposición de una parte sin la oposición de la otra no es lucha sino dominación o sumisión. La lucha apela entonces a fuerzas en pugna.

Tales fuerzas pueden ser de naturaleza muy diversa.

Comprende el enfrentamiento físico entre individuos o conjuntos de individuos de una misma especie o de especies diferentes pero también abarca al plano de las ideas, de los puntos de vista, de las ideologías o de las visiones del mundo.

Plantado en términos tan generales, se puede concluir que la lucha está presente en cualquier ámbito sometido a procesos de transformación.

En su expresión más elemental puede representarse como la resistencia por conservar una realidad presente frente a la fuerza que ejercen agentes de transformación para alterarla.

La lucha de contrarios puede verificarse inclusive en ausencia de una voluntad explícita que guíe a las fuerzas en pugna, como por ejemplo la disputa entre agentes patógenos que agreden un organismo que reacciona y se defiende para preservar su salud, es decir, para preservar su *statu quo*.

Se puede entonces introducir un primer criterio para acotar el ejercicio analítico que pretendemos realizar. La categoría de lucha que nos interesa, supone la confrontación guiada de manera consciente por la voluntad de los actores en pugna.

Pero al referirnos a actores en pugna se introduce la pluralidad como condición para la existencia de la oposición. Y ello en rigor puede no ser así. Pues la lucha puede tener por escenario al sujeto y la oposición puede verificarse dentro del mismo, toda vez que tenga lugar entre opciones existenciales contradictorias que instalan el conflicto en su seno íntimo.

Esta dimensión de la lucha, de enorme interés para la filosofía y la psicología será también dejada de lado, pero reconociendo la enorme importancia que observa como materia de reflexión y análisis.

Entonces la lucha en el sentido que le estamos otorgando comprende sujetos diversos, guiados por una voluntad consciente, que se enfrentan en forma física o intelectual, o en ambas formas.

El enfrentamiento físico entre contendientes remite a la búsqueda del dominio a través de la fuerza. Se trata de un principio básico que está presente en la lógica de la cadena de la vida. La lucha por la existencia supone la interacción entre depredadores y fuentes de alimentos, sean estas de origen animal o vegetal. En la cumbre

de la pirámide, prevalece no por su fuerza física sino por su capacidad creativa y transformadora la especie que ejerce el dominio hegemónico sobre el conjunto de la creación: los seres humanos. El conflicto entre fuerza bruta e intelecto se resolvió en el mundo de la naturaleza a favor de quien pudo ejercer el mayor dominio intelectual. Pero no por ello el ser humano ha renunciado a la fuerza bruta como argumento.

Habiendo entonces resuelto a partir del desarrollo de los distintos procesos civilizatorios su disputa con el resto de las especies, el hombre en calidad de sujeto hegemónico se sustrajo del conflicto con las demás especies de la creación, a las que sometió domesticándolas, exterminándolas o confinándolas en espacios convenientemente apartados, para desarrollar un mundo propio, donde la sociedad humana ha estructurado una realidad que surge como una naturaleza social que se distingue y diferencia del orden natural. Sobre esta naturaleza social fluye en forma dinámica la gran creación económica, social, política y cultural de la especie humana: la sociedad organizada, con instituciones y sistemas de gobierno, administración y gestión que son el resultado de su inmensa actividad creativa.

Pero como bien se sabe, la sociedad organizada está muy lejos de carecer de conflictos. En el mundo moderno reciente, cuando el muro de Berlín fue desbaratado y el precipitado hundimiento de la Unión Soviética puso fin a la guerra fría que dominó el escenario mundial durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX, Francis Fukuyama proclamó al mundo el fin de la historia. ¹ A que se refería? A que el mundo se abría paso a una etapa superior, de madurez y consolidación de una economía de mercado que daría soporte a sistemas de democracia representativa, cada vez más inclusivos y con mayor capacidad de satisfacer las necesidades materiales de las grandes mayorías.

Frente a ese supuesto, encomiable pero ingenuo, surgió la precisa constatación del desplazamiento del eje de la conflictividad hacia senderos no convencionales, pero no por ello menos escabrosos, que son los que hoy configuran nuestra

realidad presente: la emergencia de conflictos étnicos, el retorno a los ultranacionalismos en un mundo cada vez más globalizado y la constatación que reproduce Samuel Huntington cuando suscribe la *weltanschauung* de la nueva era expresada por Michael Dibdin: “ No puede haber verdaderos amigos sin verdaderos enemigos. A menos que odiamos lo que no somos, no podemos amar lo que somos. Estas son las viejas verdades que vamos descubriendo de nuevo dolorosamente tras más de un siglo de hipocresía sentimental. ¡Quienes las niegan, niegan a su familia, su herencia, su cultura, su patrimonio y a sí mismos! No se les perdonará fácilmente.” ²

Esta reflexión irónica y cargada de un escepticismo hobbesiano acerca de la condición humana, se ve tristemente confirmada en diversos ámbitos por prácticas políticas que la validan no como principio abstracto, sino como eje articulador de acciones muy concretas.

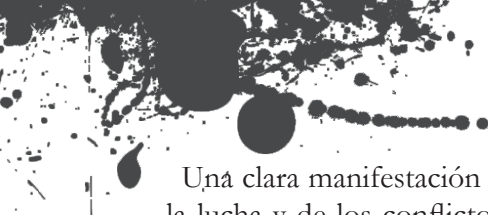
Veamos algunos ejemplos.

En el nuevo escenario mundial, supuestamente desapareció el riesgo de una confrontación bélica de escala planetaria. Pero la irrupción de diversos fundamentalismos, acompañados de metodologías terroristas, ha colocado al mundo en estado de máxima tensión. Los atentados contra las torres gemelas en Nueva York o la cadena de bombas que sacudió el subterráneo de España, son un duro testimonio de ello.

Pero en paralelo, y dentro de la lógica de las llamadas guerras de baja intensidad, el mundo asistió atónito, como supuesta respuesta punitiva a la agresión a las torres gemelas, a la invasión de Irak para destruir los arsenales de armamento de destrucción masiva en manos del dictador Saddam. Tales arsenales, principal argumento y justificativo de la invasión, nunca aparecieron a pesar de los concienzudos y sistemáticos rastillajes de las fuerzas multinacionales comandadas por los Estados Unidos con participación de contingentes de varios países. Intentaron demostrar en vano lo que los informes de inteligencia y de las Naciones Unidas ya habían anticipado: los mentados arsenales no existían. Y que pasó? No pasó nada.

¹ Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Editorial Planeta, Buenos Aires, Argentina, 1992

² Michael Dibdin, *Dead Lagoon*, citado por Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones*, Ed. Paidós, Bs.As. 1999



Una clara manifestación del nuevo formato de la lucha y de los conflictos de esta nueva etapa del mundo moderno toma corporeidad también con la irrupción de leyes anti inmigratorias en dos estados norteamericanos. Con tales disposiciones se da piedra libre para que las fuerzas policiales utilicen como criterio de detección de los posibles transgresores el color de su piel o determinados rasgos socioculturales que los convierten automáticamente en sospechosos. Y ello a pesar de la oposición y resistencia de la autoridad nacional.

Ejemplos de actitudes racistas aparecen con una frecuencia muy preocupante en el discurso político de partidos conservadores de casi toda Europa.

Sin necesidad de recurrir a realidades tan distantes, es posible encontrar en nuestras latitudes latinoamericanas prácticas de gestión política que recurren deliberadamente a la división de la sociedad y a la descalificación sistemática del adversario, instalando un clima de rispidez y tensión que debilita la posibilidad de estructurar proyectos de alcance nacional. Parecería que resulta políticamente más rentable recrear una conflictividad que tuvo un triste protagonismo hace ya más de tres décadas, antes que afrontar de manera serena los nuevos conflictos que tienen raíces genuinas en la realidad presente. Entre ellos la pobreza, la corrupción, la violencia y el delito que azota a vastos sectores de nuestras sociedades.

Pero es necesario tener bien claro que todo esfuerzo que tenga como propósito eliminar el conflicto, está condenado a fracasar. Porque el conflicto es la esencia a través de la cual lo nuevo se abre camino y se impone sobre lo que necesariamente deviene en obsoleto.

Llevado este principio al terreno de la producción del conocimiento científico, Thomas Kuhn en su clásico ensayo "La Estructura de las Revoluciones Científicas" apunta a que el progreso del conocimiento opera por una vía de ruptura (desestructuración) y de recomposición superadora en un nuevo paradigma, antes que a través de una dinámica acumulativa. Entonces, en

la producción de conocimientos, es decir, en la conformación y superación de los paradigmas científicos, también es la lucha el factor clave para el avance de la ciencia.

En una línea coincidente, pero en forma previa a Kuhn, Gastón Bachelard acuñó la noción de corte o ruptura epistemológica, estableciendo que los avances en la ciencia no sólo requieren una acumulación sino, y principalmente, una ruptura con los hábitos mentales del pasado. Los avances se producen venciendo resistencias y prejuicios. De esta forma, su postura se puede sintetizar en términos de lucha, es decir, no se conoce con, sino que se conoce contra. ³

A modo de conclusión

La breve reflexión sobre el concepto de lucha, reconoce la función esencialmente revolucionaria y superadora que representa el conflicto como instrumento de crecimiento y superación.

En su lucha por la supervivencia el hombre fue capaz de afirmar su condición esencial hegemónica, a partir de hacer prevalecer su capacidad creativa y transformadora basada en sus facultades intelectuales.

El choque de visiones del mundo y la disputa de intereses de orden económico, político y la lucha por el poder, es parte consustancial a la realidad presente y futura de la sociedad humana.

Pero ello no significa que se deba abdicar a la pretensión de lograr civilizar las formas bajo las que se despliega el conflicto. Esa batalla se debe dar desde una gran multiplicidad de frentes, dentro de los cuales, la lucha por construir sociedades más justas y equitativas, observa una importancia fundamental. No se trata entonces de eliminar el conflicto, porque eso es una utopía, sino de convertirlo de manera conciente en instrumento al servicio del proceso civilizatorio. Lamentablemente, el camino que nos falta recorrer se vislumbra como muy largo y penoso. □

³ Gastón Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Ed.





LA VERDAD ESTÁ HECHA DE

CONTRADICCIONES

Por Marcelo Turdó, *Psicoanalista.*

El acto de comer, expresa la aspiración de una lucha. Y suele estar desarrollada con distintos lenguajes, a veces imperceptibles en la ciudad. Desde un simpático pollito luchando con una lombriz sinuosa, hasta una hiena contrahecha desafiando cachorros de león, casi todas las especies recogen sus alimentos mediante una lucha, incluso a una ballena bocona se le escapa el krill.

La ciudad, esa explosión de la modernidad, expone la lucha en los supermercados, donde el campo está envasado en latas, luciendo etiquetas de diseñador gráfico. Hasta las hay con alguna difusa fotografía de fondo, con un chanchito que nunca engorda, comiendo las mejores nueces seleccionadas por expertos en dietas y engorde, para entrar feliz al matadero. Y así, en el punto de venta que lo separa del consumidor, el chanchito asume ambiciones que transforman su condición, y pasa de ser un producto a un representante del productor.

No obstante, el mercado deja bien en claro los lugares de cada uno, mediante el uso de símbolos técnicamente refinados y narrativamente profesionales. Pero así como el productor se convierte en consumidor, puesto que es el mercado su fuente de alimentos, también el consumidor se convierte en productor, aunque su participación en el mercado lo desmienta categóricamente. Si bien pertenecen a dos circuitos diferenciados, siendo uno el origen y el otro el fin, suelen alterarse los valores. El consumidor convertido en productor se identifica por los trajes prestados. Incluso la afirmación de una identidad resulta de una lucha.

En el intercambio de mercancías, tanto en la feria persa como en el hipermercado, se lucha por

el valor. Y esa medida, más o menos, indica los signos del contrato comercial. Los productores se disputan mercados, precios y consumidores. Luchan.

Es conocido que el campo mantiene un conflicto, por un lado, con la ciudad y la industria. Y construyen un mundo en primera y tercera persona: nosotros y ellos. Y por otro lado, los agrotenientes, que viven de los animales, sostienen un tipo de pelea (que guarda muchos secretos que no vienen al caso ahora): es la pelea entre el campo y la selva. Por eso están enfrente del zoológico.

La vida es en sí misma extraterrestre

A través de distintas formas, a lo largo de historia, hubo lucha contra el concepto imperialista que llamó descubrimiento de América a la conquista española. Fue resistencia. Impensable su efectivización hasta hace unos pocos años atrás, al menos ya no se festeja más el día de la raza. ¿Raza? Ahora, el 12 de octubre, conmemora, trae a la memoria, la existencia de un continente y de una población previa a la llegada del blanco europeo. Eso es el resultado de una lucha por la deconstrucción de sentidos. Es una lucha por el uso de los símbolos.

La misma voz que sin vergüenza afirma que los argentinos descendemos de los barcos, hoy lucha, apelando a un relativismo primitivo, contra el uso del término “pueblos originarios”. Según esa voz, no hay, en sentido estricto, pueblo originario. Todos los pueblos son el producto de conquistas y migraciones.

¿Se creen chistosos, atrevidos, que aspiran pureza? Sin embargo, debido a la capilaridad del

poder, piensan igual que la realeza. Pretenden llamarse indignados: ¡de acá! Y saben, que la existencia de vida anterior al descubrimiento, es una prueba fundamental. Porque lógicamente es anterior a la fundamentación del genocidio. Por eso la existencia es lucha.

El argumento es verdadero. Y la producción de la verdad podría incluso acumular más valor, y afirmar por ejemplo algo no menos verdadero: algo extraterrestre creó la vida terrestre. Y también la identidad.

Sin embargo, la supremacía de la verdad está hecha con la misma materia que la raza: el ejercicio de un sentido, de un valor, y de una política. Por eso ninguna verdad es verdadera en sí misma. Y hasta incluso puede impedir su desarrollo, así como la corrupción se opone al juego.

No hay orden: se encuentra o se pone en las cosas ¹

Son múltiples los signos que regulan las distintas formas de la lucha, y así como se los lean se traza el camino, se construye el mundo. En general, el signo es arbitrario y caprichoso en su sentido. Aunque tiene un orden, que le fue dado, el uso y las costumbres lo erosionan y le dan forma, extrañamente consensuada pero no menos arbitraria: se abre a otros sentidos. Incluso a veces esos signos adquieren valores que tienen un doble sentido, como una ruta de doble mano. Así, adquieren sentido porque hay producción de sentidos, de acuerdo a los lugares, por relación y oposición, que ocupen en el texto construido.

La lucha entonces, es un texto. Ni conlleva armonía ni libertad en sí mismo. Los relatos sobre la armonía, o el equilibrio, suelen desmentir los conflictos. O por la positiva: mentir sobre los conflictos.

Anular el conflicto, enmascarar el síntoma, silenciar la voz, corregir el error: son respuestas a la medida no tanto de los prejuicios sino de los juicios que se construyen de los hechos; son sus interpretaciones. Y tienen sentido. Pero niegan así al espíritu, como fuerza transformadora.

En la lucha puede escribirse el orden que se quiere aplicar al conflicto. Aunque también, puede encausarse la fecundidad del “desorden” in-

cesantemente renovado ², como acto creador del espíritu transformador.

La lucha encuentra una conclusión cuando se establece un método, un sentido regulatorio, un modelo cerrado, total, de funcionamiento. Por eso la burocracia se opone a todo lo que se relacione con la creación. □



► María Mercedes Laguigue | “Los dos luchan entre sí por lo que creen correcto...” | 2^{da} Concurso Anual Internacional de artes plásticas « Crepúsculo »

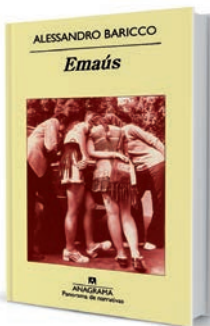
¹ Dice Paul Valéry que “No hay orden en el espíritu: lo encuentra o lo pone en las cosas”. Para Valéry, el espíritu no es una entidad metafísica, sino “una potencia de transformación”. Y agrega que “su cometido es provocar el cambio”. Paul Valéry, *Introducción a la Poética*, Alción Editora, Córdoba, 2011. Traducción y prólogo de Rodolfo Alonso.

² Paul Valéry, *idem ant.*



Recomendados de Crepúsculo

Emaús
Alessandro Baricco



En esta novela corta, el autor de Novecento, nos relata las vivencias de cuatro adolescentes varones que residen en alguna ciudad de Italia. Estos jóvenes de clase media y con la fuerte impronta de la religión católica, viven bajo la protección idílica de sus familias ideales. Ajenos a las tragedias que les rodean. Inconscientes de los dramas que habitan en sus casas, aunque estén allí, a flor de piel. Cuando entonces llega a sus vidas otra adolescente, Andre, ella es de clase alta, liberal, y más consciente de las miserias de su propia familia, ella les hace chocar con sus realidades, con el mundo que los rodea, y de esa manera pueden enfrentarse al amor, al deseo, al dolor, a la muerte... Baricco compara esta narración con la historia de Emaús, relatada en el evangelio de Lucas, en donde se cuenta como Cristo, ya resucitado se encuentra con dos de sus discípulos, quienes no lo reconocen hasta que es demasiado tarde. Como tampoco reconocen los cuatro jóvenes a la realidad que los rodea.

Para los lectores que disfrutaron Océano mar y Seda, sepan que se encuentran ante un relato superador y de gran jerarquía literaria.

Juan Carlos Onetti
Para una tumba sin nombre



En esta obra Onetti nos brinda una narración con epicentros en su mítica Santa María y en Buenos Aires. Dos jóvenes universitarios, Tito Perotti y Jorge Malabia, comparten un cuarto frente a la Plaza Constitución, pero comparten además, una relación ambigua con una mendiga, Rita, quien por momentos estafa y en ocasiones se prostituye. Rita usa como anzuelo un chivo, y con este hace el cuento del tío a incautos que llegan a la estación, diciendo que se des encontró con su familia de Villa Ortúzar y que necesita dinero para llegar hasta allí. La historia no tiene un cierre cierto, dejando librado al lector la interpretación de las diferentes verdades de los personajes. Es una historia atrapante, que nos va develando de a poco quién fue la intrigante Rita.